

Selección

TERROR

VEN A MORIR CONMIGO

ADAM SURRAY

La densa niebla no ocultaba la espeluznante escena.

El hombre caminaba semiencorvado. Las manos casi rozando sus rodillas. Unas manos huesudas. Muy blancas. De un nauseabundo tono lechoso. Las uñas desmesuradamente largas y afiladas.

El hombre se detuvo jadeante.

Alzó la cabeza.

Sus facciones quedaron bañadas por la nívea claridad de la luna.

Los cipreses proyectaban fantasmagóricas sombras. La niebla flotaba a un palmo de tierra. Envolviendo las tumbas desordenadamente emplazadas. Un escenario capaz de poner a prueba los nervios más templados.

El individuo no vaciló.

No tenía miedo.

No podía ver nada de aquel silencioso cementerio.

Estaba ciego.

¿Ciego?

Las cuencas de sus ojos aparecían vacías. Eran dos orificios en aquel deforme rostro. Su boca carecía de labios. Sus facciones, de un repulsivo color verdoso, desfiguradas por cicatrices que palpitaban en carne viva.



Adam Surray

Ven a morir conmigo

Bolsilibros: Selección Terror - 67

ePub r1.0

Titivillus 12.05.15

Título original: *Ven a morir conmigo*
Adam Surray, 1974
Diseño de cubierta: Desilo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

La densa niebla no ocultaba la espeluznante escena.

El hombre caminaba semiencorvado. Las manos casi rozando sus rodillas. Unas manos huesudas. Muy blancas. De un nauseabundo tono lechoso. Las uñas desmesuradamente largas y afiladas.

El hombre se detuvo jadeante.

Alzó la cabeza.

Sus facciones quedaron bañadas por la nívea claridad de la luna.

Los cipreses proyectaban fantasmagóricas sombras. La niebla flotaba a un palmo de tierra. Envolviendo las tumbas desordenadamente emplazadas. Un escenario capaz de poner a prueba los nervios más templados.

El individuo no vaciló.

No tenía miedo.

No podía ver nada de aquel silencioso cementerio.

Estaba ciego.

¿Ciego?

Las cuencas de sus ojos aparecían vacías. Eran dos orificios en aquel deforme rostro. Su boca carecía de labios. Sus facciones, de un repulsivo color verdoso, desfiguradas por cicatrices que palpitaban en carne viva.

El hombre avanzó con seguridad.

Sin tropezar en ninguna de las tumbas.

La tenue oscuridad no le importaba. Él era ciego. No tenía ojos. Y en cuanto a su rostro… ¿era el de un ser humano?

Llegó ante una de las tumbas. De blanca lápida que destacaba de entre las sombras de la noche.

El silencio fue roto por el gutural jadear del individuo. Sus manos, aquellas huesudas zarpas blanquecinas, empujaron la losa. En un absurdo intento de mover la pesada piedra.

Sin embargo…

Sí.

La lápida se deslizó suavemente.

El jadear se tornó en satánica risa. Una estruendosa carcajada que resonó turbando la paz de los muertos.

El ataúd aún despedía un penetrante olor a madera recién cortada. Madera de la mejor calidad. Con doradas y artísticas anillas.

Un buen ataúd para la más bella de las mujeres.

Para la más bella de las muertas.

En la lápida figuraba un nombre y una fecha. Un nombre de mujer. Y la fecha correspondía al día vigente. Llevaba enterrada tan sólo unas horas.

El hombre levantó la tapa del ataúd.

Volvió a reír acentuando la monstruosidad de sus facciones.

El féretro estaba forrado de terciopelo rojo. En su interior yacía una mujer. Con las manos cruzadas sobre el pecho. La muerte no había borrado su belleza. Su cuerpo cubierto por una blanca túnica.

El individuo desgarró la tela.

Quedó inmóvil. Sólo sus manos temblaron convulsivas. Parecía como si sus vacías cuencas contemplaran la belleza de la mujer.

Extendió sus manos.

De pronto, las uñas se hundieron brutalmente en el cuerpo de la mujer hasta teñirse de sangre. Una y otra vez. Los trazos sanguinolentos eran acompañados por el entrecortado jadear y las siniestras carcajadas.

Las gotas de sangre se confundieron con el rojo tapizado del ataúd.

Atrapó el brazo izquierdo de la mujer. Tiró de él. Fue un movimiento suave. Sin denotar el menor esfuerzo por parte del individuo. Pero un diabólico poder hizo que el brazo femenino quedara arrancado de cuajo.

Ahora la sangre brotó a raudales salpicando el deforme rostro del hombre. Aquello pareció excitarle aún más. Redobló sus carcajadas. Apoyó su espalda en la fría lápida.

Sosteniendo el brazo en sus manos.

Como un delicado objeto.

Su boca, aquel nauseabundo boquete sin labios, se abrió asomando unos afilados y amarillentos colmillos. Se hundieron en

el amputado brazo. Un trozo de ensangrentada carne quedó colgando de su boca.

—¡Corten…! ¡Corten, maldita sea…!

Se encendieron los focos.

Lo que fuera un lúgubre cementerio plagado de tumbas, se convirtió en un plató cinematográfico. Los efectos especiales cesaron. La falsa niebla, los cipreses, la artificial luna y su nívea luz… Toda la hábil atmósfera de terror desapareció con la iluminación de los potentes focos.

Lo irreal y satánico quedó convertido en un vulgar escenario prefabricado.

—¿Qué ocurre ahora? —gritó el hombre de las «cuencas vacías».

—¿Y todavía lo preguntas? Tony Ritter, el rey del terror, es incapaz de realizar una escena de canibalismo. Parecía que degustabas un plato de frijoles podridos. ¡Te faltaba entusiasmo, Tony! ¡Tenías que devorarlo con satánica euforia! ¡Con morboso placer!

Tony Ritter comenzó a arrancarse el maquillaje de su rostro.

Un maquillaje perfecto. Los injertos de piel artificial y postizos cayeron al suelo, siendo furiosamente pisoteados por el actor.

—¡Esta escena no correspondía hoy! ¡Ni tan siquiera estaba programada mi presencia en los estudios! Llegué para recoger unas cosas de mi *bungalow* y me ordenas maquillar para la toma del cementerio. ¡Una escena calculada para dentro de cinco semanas!

—Kitty Wood está indispuesta. Por eso hemos alterado el orden.

—¿Indispuesta? —rió Tony Ritter pisoteando ahora el brazo postizo. Un líquido rojo y viscoso, muy semejante a la sangre, se extendió por el suelo—. ¡Ya basta de torpes disculpas, Harold! Hace tan sólo unas semanas que se inició el rodaje. Y la gran Kitty Wood ya nos ha plantado en cuatro ocasiones.

—¿Crees que me gusta esto, Tony? Soy el director del filme. *Esclavas de Satán* será la más extraordinaria película de terror de todos los tiempos. Dispongo de un fabuloso presupuesto, pero también debo rendir cuentas al productor. Un simple retraso ocasiona pérdidas de varios miles de dólares.

Tony Ritter, ya libre de su horrendo maquillaje, era un individuo incluso atractivo. De unos treinta y cinco años de edad. Rostro alargado y pálido. Ojos de extraño brillo. Se había acreditado con el

personaje del conde Drácula para la televisión. Una serie de doce telefilmes donde Ritter, sin necesidad de caracterizarse, daba vida al siniestro y sanguinario Vlad Drakul. Con perfecta maestría. El nombre de Tony Ritter se situó merecidamente junto con los de Peter Cushing, Christopher Lee y demás «caballeros del terror».

—Me conoces bien, Harold. Soy un profesional. Me gusta hacer bien mi trabajo. Hoy llegué a los estudios simplemente para empacar unas cosas de mi *bungalow*; y tú me obligaste a filmar la escena del cementerio. Dos horas en la sala de maquillaje y luego…

—De acuerdo, Tony, de acuerdo… Perdóname. La culpa no es tuya. Al no acudir Kitty Wood, quise adelantar el rodaje. El decorado estaba ultimado y decidí aprovecharlo.

—Tendremos más de un disgusto con Kitty Wood. Aún no comprendo que sea ella la protagonista de *Esclavas de Satán*. La tierna y romántica Kitty Wood interpretando a la mujer del diablo.

—Ahí está lo gracioso, Tony. Kitty, especialista en temas de amor, hará estremecer al público en su satánico personaje.

—Morbosidad para la masa.

—Eso es. Al principio también tuve mis dudas. Sabes que me negué al productor, pero terminaron por convencerme. El simple hecho de que la dulce Kitty Wood fuera la protagonista de un filme de terror, ya hizo derramar toneladas de tinta en los semanarios especializados. Será un gran éxito, Tony. El público disfruta viendo a sus ídolos en la basura. Kitty es ahora la diosa del romanticismo. Después de *Esclavas de Satán*, todos la recordarán como la más despiadada de las criaturas.

—No dudo del éxito de la película, Harold. El guion, al menos la parte que conozco, es magnífico. Algo fuera de serie en el manido género de terror. Tú eres uno de los mejores directores y contamos con un fabuloso equipo de profesionales. Todo respaldado por un presupuesto jamás imaginado para un filme de terror. Todo perfecto… menos la informalidad de Kitty Wood.

—Hablaré con ella seriamente.

Tony Ritter sonrió despectivo.

—No adelantarás gran cosa. Kitty se considera una diva. La diosa del putrefacto Hollywood.

—Tranquilo, Tony. Puedes irte a casa. Hasta mañana por la tarde no es necesario que te presentes por los estudios.

—De acuerdo.

La chica del ataúd, por supuesto con sus brazos intactos, había abandonado el macabro lecho. La túnica no le cubría mucho, pero tampoco a ella parecía importarle.

La *script-girl*[1] había realizado los correspondientes croquis y apuntes.

Harold Dillman intercambió unas palabras con su ayudante y el cameraman.

—Creo que podremos aprovechar la cinta hasta el momento del *travelling* sobre el ataúd. No obstante, mañana echaremos un vistazo más detenidamente. Ahora, recoged todo. Hemos terminado por hoy.

—Muy bien, señor Dillman.

En el plató quedaron el operador-jefe, el cameraman y el encargado de los efectos especiales.

Harold Dillman abandonó el hangar acompañado de su secretaria.

Los estudios de la Browne H. Films ocupaban una extensa zona enclavada al norte de Hollywood. Un amurallado recinto con dos guardianes a la entrada para impedir el paso de curiosos y *fans*. A la izquierda se alineaban lujosos *bungalows* destinados a los principales actores y altos cargos de la Browne H. Films. Paralelamente se divisaba el amplio aparcamiento. Luego, como gigantescas carpas circenses, se alzaban los enormes barracones. En cada uno de ellos se creaban los distintos decorados y escenarios. Una calle del lejano Oeste, las níveas columnas de un templo romano, un tugurio de los años treinta en Chicago o la mismísima Quinta Avenida neoyorquina.

Todo era posible merced a los expertos técnicos en efectos especiales y trucajes.

Harold Dillman se detuvo frente a su *bungalow*.

—Pasaré la noche en los estudios, Claire. Mañana a primera hora quiero ver la toma del cementerio. Me temo que habrá que repetir desde el principio. Localice a Kitty Wood y que me telefonee de inmediato. No me moveré del *bungalow*.

—Correcto, señor Dillman. ¿A qué hora empezamos mañana?

Harold Dillman resopló ruidosamente.

—Me gustaría poder responder a esa pregunta… Todo depende

de Kitty. Mi idea es comenzar el rodaje a las nueve.

—A esa hora estaré aquí, señor Dillman.

—Gracias, Claire. Buenas noches.

La mujer se alejó hacia el aparcamiento.

Los ojos de Harold Dillman se tornaron algo vidriosos.

Fijos en el innato ondular de caderas de su secretaria.

Claire podía interpretar muy dignamente el papel de la reina de Saba. Con éxito garantizado. Tenía los picaros ojos de Elke Sommer, los gordezuelos labios de Sofía Loren y el escultural cuerpo de Raquel Welch.

La mirada de Dillman, ya descaradamente lasciva, permaneció hasta que la mujer se hubo acomodado en su Buick.

En el aparcamiento de los estudios quedaban ya muy pocos vehículos.

Harold Dillman empujó la puerta de su *bungalow*. Éste, al igual que los colindantes, contaba con magnífico mobiliario y moderna decoración. Reducido, ya que en contadas ocasiones era utilizado como vivienda. Los *bungalows* eran más bien camerinos para los actores o despacho para ejecutivos. *Living*, salón, dormitorio con sala de baño y pequeña cocina.

Dillman se encaminó al salón.

Quedó inmóvil bajo el umbral, parpadeando sorprendido.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

La muchacha que estaba en el centro de la estancia sonrió tímidamente. Sus manos, con leve nerviosismo, daban vueltas a un pequeño monedero.

—Soy Sara Koster… Llevo varias semanas acudiendo a su despacho de Nyps Street. No se ha dignado recibirme.

—Soy un hombre muy ocupado, señorita. Por otra parte, supongo que mi secretaria le habrá informado de que no hay ninguna vacante. Ahora recuerdo haberla visto en Nyps Street. Todos los días en la antesala de mi despacho. Con insolente insistencia. Un papel en *Esclavas de Satán*. Eso es lo que desea, ¿verdad? Me lo transmitió mi secretaria. Y mi respuesta fue negativa. Hasta el más insignificante papel está cubierto.

—Quiero trabajar en esa película, señor Dillman. Debo hacerlo.

Harold Dillman sonrió.

—¿Debe hacerlo? Eso tiene gracia… Ya le he dicho que hasta el

más insignificante comparsa ha sido contratado.

—Yo quiero uno de los personajes centrales, señor Dillman.

El director cinematográfico arqueó las cejas.

Algo perplejo.

A sus cuarenta y cuatro años, y catalogado como uno de los mejores directores del momento, había vivido infinidad de escenas como aquélla. Muchachas que vagaban por los despachos de productores y directores cinematográficos en demanda de una oportunidad.

Dillman sabía sacar provecho.

Era un individuo sin escrúpulos. Considerado como maestro del terror, parecía haber adquirido la maldad de los personajes por él dirigidos. Sus deseos eran órdenes. Desmesuradamente ambicioso. Desde el pedestal alcanzado, contemplaba a todos con marcado desprecio. Todos debían someterse a su voluntad. También él, para conseguir alcanzar la cumbre, se había arrastrado mendigando.

Y Harold Dillman no olvidaba aquello.

Disfrutaba escuchando súplicas.

Pero aquella muchacha era distinta.

Ella exigía.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —inquirió Dillman tuteándola.

—Sarah Koster.

Harold Dillman fue hacia el mueble-bar donde se alineaban artísticas botellas de cristal tallado. Cogió dos largos vasos. Procedió a mezclar varias bebidas añadiendo unos trozos de hielo.

Sus ojos se posaron en la joven.

Con insolencia.

No era muy bonita, pero su rostro poseía un extraño embrujo. Tal vez aquellos ojos, verdes y transparentes, proporcionaban el misterioso encanto. Eran como los ojos de una pantera. Lucía un jersey con tirantes bordados. Muy ceñido. Modelando sus breves senos. Un pantalón, ajustado a la cadera, combinaba armoniosamente.

—¿Qué edad tienes, Sarah?

—Dieciocho años.

Dillman tragó saliva. Instintivamente pasó la punta de la lengua por los resecos labios. También sintió seca la garganta.

Ofreció uno de los vasos a la muchacha.

—¿Tienes alguna experiencia? ¿Has actuado anteriormente?

—En un grupo teatral independiente. He realizado giras por toda California interpretando obras de vanguardia y también un par de filmes *underground*. He estudiado arte dramático y declamación en San Francisco.

—¿De veras?

La ironía de Dillman no pasó desapercibida para la joven.

Enrojeció.

—Puede hacerme una prueba, señor Dillman. Quiero uno de los personajes centrales de *Esclavas de Satán*. El de Lorenna, Agatha… o el de esposa de Satán.

—Ya. Y despido a Kitty Wood, ¿no?

—Me conformaré con el personaje de Lorenna, la mujer devorada en el cementerio y que luego vuelve a la vida.

Dillman parpadeó, quedando con la boca entreabierta. Tardó unos instantes en reaccionar.

—¿Cómo conoces el argumento? Se lleva en el más estricto secreto. Incluso los principales actores desconocen la totalidad de la obra. Es una terrorífica narración en exclusiva para mí. Un tema nuevo que rompe moldes en la literatura de terror. El autor prometió no publicar el original hasta que la película lleve tres meses de exhibición.

—Eso no importa, señor Dillman. Lo cierto es que conozco el guion de todos los personajes. Puedo recitarle la obra de memoria. De principio a fin.

—El bastardo de Gifford se fue de la lengua.

—¿Gifford?

—No te hagas la inocente. John Gifford es el autor de *Esclavas de Satán*. Su última novela. Él mismo realizó el guion cinematográfico. Gifford te dio a leer el original, ¿verdad? Le engatusaste.

Sarah sonrió sin responder.

Harold Dillman se había acomodado en un largo sofá que adornaba el salón. Depositó su vaso sobre la cercana mesa. Atrapó a la muchacha por la muñeca izquierda, obligándola a sentarse a su lado.

—Kitty Wood es la protagonista. Para ella es el papel de esposa de Satán. En cuanto a Lorenna, la mujer de ultratumba, es

interpretado por Inger Lower; una de las mejores actrices actuales. Diana Windson se acopla maravillosamente a la endemoniada Agatha. Son los tres personajes femeninos centrales de *Esclavas de Satán*.

—Quiero uno de ellos.

—Eso no es posible, nena; pero sí puedo hacer que figures como una de las esclavas de la corte de Satán. Si has leído el original, ya sabes que tendrás que salir algo ligera de ropa. No creo que te importe, ¿verdad?

Harold Dillman había deslizado su brazo derecho abarcando la cintura de la muchacha.

Sus ojos destellaron con lujurioso brillo.

—No es ése el papel que quiero, señor Dillman.

—Bueno, muchacha. Diré a John Gifford que altere un poco el argumento. Serán dos las muertas vivientes. Tú y la actriz Inger Lower. ¿Satisfecha?

—El argumento no puede ser tocado.

Harold Dillman inspiró profundamente.

Empezaba a irritarle la suficiencia de la muchacha.

—Ya hablaremos luego de eso, ¿eh? Confía en mí. Con sólo chasquear los dedos puedo convertirte en una gran estrella. Soy el mejor director de Hollywood.

Los brazos de Dillman ya rodeaban a la joven. Aproximó su rostro al de Sarah Koster, besándola en los labios.

—Suélteme.

Dillman no pareció oír la voz de la muchacha. Sus labios descendieron por el frágil cuello femenino, a la vez que su mano derecha intentaba bajar uno de los anchos tirantes del *niky*.

Sarah se incorporó.

Roja como la grana.

Sus ojos, aquellos ojos de pantera, relampaguearon furiosos.

—Es usted un repugnante baboso, Dillman. Jamás pasó por su mente el proporcionarme un papel en *Esclavas de Satán*.

El director rió divertido.

—Por supuesto que no. ¿Quién te crees que eres, princesa? Además… ¿de qué te sorprendes? Ya sabías lo que arriesgabas al quedarte en mi *bungalow*. Conozco a las chicas como tú.

—Su secretaria me sugirió esperarle aquí.

—¿De veras? No seas arisca, nena. En *Esclavas de Satán* es imposible complacerte, pero si te portas bien haré que en una próxima…

El movimiento de Sarah fue rápido.

Inesperado.

Atrapó el vaso, arrojando su contenido al rostro de Dillman. Uno de los trozos de hielo le alcanzó en el ojo izquierdo.

—¡Maldita estúpida…! ¡Te voy a…!

Harold Dillman trató de limpiarse el rostro, a la vez que avanzaba hacia la muchacha. Ésta se precipitó en dirección al *living*. Dillman sonrió cruel.

Corrió tras ella.

Ignorante de que iba a desencadenar una diabólica orgía de sangre.

Una espeluznante historia de terror.

Real.

Con el más monstruoso de los protagonistas: el mismísimo Satán.

CAPÍTULO II

Sarah Koster abandonó el *bungalow*.

Se detuvo unos instantes.

Dudando del camino a seguir.

En el aparcamiento, junto a la salida del recinto, ya sólo se veían unos cinco vehículos. De correr en aquella dirección, sería alcanzada antes de llegar. Y allí no se veía a nadie a quien recurrir. Únicamente los guardianes de la entrada, pero éstos eran subordinados de Dillman.

Las prematuras sombras de la noche ya habían hecho su aparición.

Sarah divisó luz en uno de los barracones. Su decisión coincidió con los pasos de Dillman a su espalda.

—¡Detente, maldita…! ¡Vuelve aquí!

Harold Dillman alargó su brazo derecho.

Como una zarpa.

No consiguió alcanzar a Sarah Koster. La muchacha ya había reanudado su veloz carrera en dirección al barracón iluminado.

Dillman, con el rostro bañado en sudor, comenzó a maldecir como un poseso. Lanzó furtivas miradas a derecha e izquierda. Los *bungalows* colindantes al suyo estaban vacíos. Excepcionalmente, se pernoctaba en los estudios. En cuanto a los barracones, el personal ya habría abandonado el trabajo. Quedaban los de servicios y guardianes.

Dillman volvió a maldecir.

No se hallaba en situación muy airosa para ser descubierto. El gran director cinematográfico Harold Dillman persiguiendo como un sátiro a una jovencita.

Imaginó los titulares en la prensa sensacionalista.

No.

No era buena publicidad para un director de prestigio.

Harold Dillman llegó ante el barracón pisando los talones a la muchacha. Penetró antes de que se cerrara la pesada puerta. Sin dejar de maldecir. De saber que la tal Sarah Koster iba a reaccionar como una provinciana, no hubiera intentado el propasarse. ¡Al diablo con ella! A Dillman le sobraban chicas bonitas. Una simple palabra y las tenía a sus pies.

Pero aquella estúpida…

El hangar era amplio. Como todos los barracones existentes en los estudios de la Browne H. Films.

Sin embargo aquel pabellón era algo… especial.

Harold Dillman sonrió al percatarse de ello. Un largo pasillo dividía el barracón. A ambos lados, espaciosas naves separadas entre sí; aunque comunicadas por una puerta en cada una de las salas.

Sarah se encontraba a mitad del corredor. Al final de éste, no parecía haber salida.

Se detuvo.

—Ya basta de tonterías, nena —le dijo Dillman, que permanecía junto a la puerta de entrada al hangar—. Ven aquí. Podrás marcharte, Sarah. Y con un buen recuerdo mío.

—¡No se acerque!

Dillman rió.

Su carcajada resonó en el barracón.

—Estoy quieto, Sarah. Serás tú la que acuda a mí. Apuesto a que sí. Eres muy orgullosa. Ninguna mujer se atrevió a despreciar a Harold Dillman. Tú has hecho algo más que eso. Y lo vas a pagar, Sarah. Volverás conmigo al *bungalow*, prepararás dos nuevos combinados y me suplicarás perdón. Sí, nena… Eso es lo que vas a hacer. Por tu propia voluntad acudirás a mí.

Dillman, en efecto, permanecía inmóvil. Junto a la entrada. Dominando con su mirada el largo corredor y los alineados compartimientos.

Sarah, consciente de que al final del pasillo no había salida, decidió introducirse en una de las naves. Abrió la puerta de la sala más próxima.

Harold Dillman volvió a reír.

Había estado esperando aquella iniciativa en Sarah. Junto a la puerta de entrada se veía un tablero de mandos. Pródigo en

botones, palancas e interruptores.

Dillman accionó uno de los pulsadores.

Todo el barracón quedó en la oscuridad.

Giró hacia la izquierda una de las palancas del tablero de mandos.

Sarah, ya dentro de una de las salas, respiró entrecortadamente. Llevó su diestra al seno izquierdo. El corazón le latía con violencia.

La oscuridad fue sustituida por una tenue luz verdosa.

También se escuchó un ronco jadear.

Como el de un moribundo.

La muchacha, creyendo ser ella la causante, contuvo su respirar por unos instantes.

No.

No era ella.

Aquel ronco jadear continuó. Cada vez más audible. Más cercano…

La verdosa luz apenas permitía distinguir los objetos de la habitación. Se alzaban borrosos ante los atemorizados ojos de Sarah.

Una cama de dosel dominaba el centro de la estancia. La mesa de noche, un armario ropero y el tocador. En una de las paredes, otra puerta. Sin duda la que comunicaba con la nave contigua.

Sarah fue hacia allí.

Pero sin conseguir apartar su mirada de la artística cama protegida por blancos cortinajes.

El siniestro jadear parecía proceder de allí.

Como si alguien agonizara en aquel lecho.

Sarah, excitada por la persecución de Harold Dillman, sintió acentuar su pánico. Pero la curiosidad fue mayor que ese miedo.

Acudió lentamente hacia la cama. Sus manos corrieron los cortinajes de fina seda.

Sarah palideció ante el espeluznante espectáculo.

El terror ahogó el grito que pugnaba por brotar de su garganta.

Allí, sobre el lecho, yacía una mujer. Lo que quedaba de ella. Sus muñecas maniatadas al cabezal. También sus tobillos aprisionados. Estaba con vida. Se podía oír su jadear.

¿Cómo podía estar con vida aquel mutilado cuerpo?

¿Cómo vivir con aquella lustrosa y peluda rata escarbando en su

rostro?

La rata ya había mordisqueado en gran parte de su cuerpo. Y ahora procedía a escarbar en el ojo izquierdo de la mujer. El derecho ya era un ensangrentado orificio.

Sarah quiso huir.

Escapar de aquella diabólica visión.

La rata, ajena a la presencia de Sarah Koster, continuó su trabajo. Hundió su hocico ayudándose con las patas delanteras.

Y a los pocos minutos el ojo izquierdo era arrancado del rostro de la mujer, quedando en las fauces de la nauseabunda rata.

Entonces Sarah gritó.

Con todas sus fuerzas.

Desesperadamente.

Un desgarrador alarido que dio rienda suelta al terror almacenado.

Sarah Koster se precipitó hacia la puerta que comunicaba con la otra nave. Sin dudar. Deseando salir de allí. Poco importaba que aquella puerta la llevara al mismísimo infierno.

El terror dominaba a la muchacha.

La estancia contigua también estaba débilmente iluminada por la espectral luz verdosa.

Vacía de muebles.

Paredes de húmedos bloques de piedra. Como un lúgubre calabozo o sótano. Una tenue niebla flotaba a ras de suelo.

Sarah no se detuvo.

Quiso atravesar la habitación, pero tropezó con algo.

Con una larga caja de madera.

La muchacha intentó ampararse con las manos. Cayó sobre algo viscoso y blando. Vio sus manos teñidas de rojo.

También descubrió que la caja de madera era un ataúd.

Un ataúd… *ocupado*.

Sarah Koster tenía las manos apoyadas sobre el ensangrentado pecho de un hombre. De un individuo de cadavéricas facciones cuyos ojos, desmesuradamente abiertos, parecían fijos en la joven. En el corazón del hombre se veía clavada una estaca de madera.

Sarah quiso levantarse.

Apartar sus manos de aquel monstruoso cadáver.

Lo intentó, pero sus fuerzas no le respondieron. Su corazón, que

latía descompasado, dejó bruscamente de funcionar.

Ya no sentía nada.

Estaba muerta.

CAPÍTULO III

La rata se apoderó del ojo izquierdo. Al arrancarlo, comenzó a gotear un bermejo líquido sobre las sábanas. La rata, de repulsivo pelaje gris, quedó de pronto inmóvil.

—¿Se da cuenta, teniente? Todo es mecánico. Los movimientos se inician automáticamente a un mismo tiempo. La cinta magnetofónica, donde se ha grabado un entrecortado jadear, se encuentra oculta en el interior del maniquí. Es más perfecto que una de esas muñecas que venden en los *porno-shops*. Parece una mujer de carne y hueso. En cuanto a la rata mecánica ha sido programada por uno de los mejores especialistas. Sus movimientos no parecen mecánicos.

Harold Dillman, mientras hablaba, había vuelto a introducir el ojo izquierdo en el maniquí. La rata sobre la almohada.

Y todo empezó de nuevo.

El jadear, el movimiento de la rata hacia el rostro de la muñeca, sus patas escarbando en el ojo izquierdo…

—Esta escena podía simularse con ratas vivientes, pero lógicamente no alcanzaría sus puntos máximos. Así el efecto es mayor. Con la luminosidad apropiada, nadie se percata del truco. Todo este barracón, en cada una de sus naves, está dedicado al terror. Escenas clásicas que son aprovechadas para distintos filmes.

—Como la del ataúd del vampiro.

—Correcto, teniente.

Larry McDowall, teniente de la Brigada de Homicidios, dirigió una penetrante mirada a Dillman. No hizo ningún comentario. Pasó a la estancia contigua.

Allí seguía el ataúd.

—El papel de las paredes simula las piedras de un sucio sótano. Otro muñeco en el ataúd. Todo es artificial, teniente.

Sobre el ataúd, y luego en el suelo, se había dibujado una silueta

con tiza.

La silueta dejada por el cadáver de Sarah Koster.

—No todo es artificial, Dillman. Ha muerto una mujer.

—Fue un accidente, teniente. Yo no podía imaginar que la chica padecía del corazón.

Junto al teniente McDowall se hallaba un individuo de unos treinta años de edad.

Por su aspecto, no parecía pertenecer a la policía.

Su vestimenta era demasiado deportiva. Cazadora de poliéster sobre jersey negro de cuello cerrado y pantalón a contraste de igual fibra. Rostro bronceado y de enérgicas facciones. Pelo negro y abundante. Sus ojos eran grises, de sempiterno y enigmático brillo.

—¿Quiere empezar de nuevo, señor Dillman? Desde el momento en que encontró a Sarah Koster en su *bungalow*.

Harold Dillman dirigió una irritada mirada al acompañante del teniente.

—¿Otra vez? Ya lo he explicado en…

—Yo no soy policía, señor Dillman. De ahí que resulte algo torpe para comprender su narración.

—¿No es policía? —Dillman desvió la mirada hacia el teniente—. Creí que se trataba de uno de sus hombres, McDowall.

El teniente sonrió.

—Perdone no haberles presentado. El señor Peter Blake es uno de los detectives de la Chypher Company.

—¿La Chypher Company? No comprendo su…

Los grises ojos de Peter Blake definieron su brillo. Marcadamente irónico.

—¿No comprende? La Browne H. Films es uno de nuestros mejores clientes. Tiene por costumbre, máxime si se trata de una superproducción, el asegurar el rodaje de sus filmes. Es una prudente norma. *Bloody Tower* fue dirigida por usted, Dillman. Se aseguró su vida y la de los principales protagonistas. Todo transcurrió con normalidad. Nunca ocurre nada, pero la Browne H. Films es consciente del grave perjuicio que se ocasiona cuando un filme, ya ultimado casi o en su mitad, pierde a su actor principal por accidente u otra causa. De ahí que se recurra a nuestra compañía de seguros. Con *Esclavas de Satán* fueron más exigentes.

—¿Qué quiere decir?

—Se ha asegurado su vida, la de Kitty Wood y la de Tony Ritter en medio millón de dólares. Por cada uno de ustedes. Y también el tiempo de rodaje. Se fijó en siete meses, ¿verdad? —Peter Blake no esperó la afirmación del director cinematográfico. Prosiguió—: Pues bien, Dillman. Si transcurridos diez meses, nos han dado tres de margen, el rodaje de *Esclavas de Satán* continúa, la Chypher Company pasará diariamente una fuerte indemnización. Hasta que finalice el rodaje. ¿Comprende ahora mi presencia aquí?

—¡No!

La seca respuesta de Harold Dillman hizo sonreír al detective.

—¿De veras? Conocemos a Kitty Wood. Es muy poco puntual para los rodajes, pero su informalidad ya entraba en nuestros cálculos. Pero sí nos sorprendió la muerte de una muchacha y que se centraran las investigaciones en el director de *Esclavas de Satán*. Investigaciones que, tal como está ocurriendo, retrasan considerablemente el rodaje del filme.

—¿Por qué se preocupan tanto? ¡Apenas llevamos unas semanas de rodaje! ¡Tienen por delante diez largos meses!

—Lo sé, Dillman. Kitty Wood ya ha faltado varias veces. Y hoy, por el desgraciado accidente, no se ha podido rodar. Me temo que seguirá muy ocupado en días sucesivos con los interrogatorios del teniente McDowall. Y eso sí preocupa a la Chypher Company.

—¿Qué insinúa? ¡La muerte de esa muchacha fue un accidente!

—¿Quiere repetirnos la historia?

Harold Dillman resopló furioso. Dirigió una mirada al teniente Larry McDowall. Éste le hizo un afirmativo movimiento de cabeza. Indicando que obedeciera la indicación de Peter Blake.

—Está bien… Empezaré otra vez. Había terminado de rodar una escena con Tony Ritter e Inger Lower. Mi secretaria me acompañó hasta la puerta del *bungalow*. Allí me despedí de ella. Al entrar, me sorprendió la presencia de Sarah Koster. Pregunté airadamente qué hacía en mi *bungalow*. La recordaba por frecuentar mi despacho de Nyps Street. Quería un papel en *Esclavas de Salón*. Respondí que era del todo imposible complacerla. Sarah Koster trató de engatusarme. Ya saben cómo son esas chicas…

—¿Cómo son, Dillman? —interrogó Peter Blake a la vez que encendía un cigarrillo—. Ni el teniente McDowall ni yo pertenecemos al mundo del cine. Sea más explícito, por favor.

Harold Dillman enrojeció.

—Sarah Koster, al igual que otras muchachas deseosas de fama, era capaz de cualquier cosa por conseguir un papel. Sarah se insinuó conmigo. Le irritó que no le hiciera el menor caso, y entonces me arrojó un vaso de *whisky* a la cara. Echó a correr temiendo mi reacción. Se refugió en este barracón. Le ordené salir, pero no me obedeció. Entonces se me ocurrió poner en marcha los mecanismos de la nave. El jadear misterioso, la rata… Sarah saldría de inmediato. No podía sospechar la tragedia. ¿Cómo iba a imaginar que la chica padecía del corazón?

—La muñeca de la cama es perfecta, Dillman. También los movimientos de la rata. Pero resulta sorprendente que lograran impresionar de tal forma a Sarah Koster. Visto de cerca, el engaño es patente.

—Con esta potente luz, sí; pero yo únicamente accioné la que utilizamos en rodaje. Una tenue luz verdosa que, unida a la niebla artificial, crea una atmósfera apropiada e impide distinguir el trucaje.

—Fue una broma muy pesada, Dillman.

—Yo no podía imaginar que…

—Puede retirarse, Dillman —interrumpió el teniente Larry McDowall—. Esta tarde se presentará en el Departamento para firmar su declaración.

Harold Dillman abandonó la nave.

Peter Blake se inclinó sobre el ataúd.

El muñeco era de efecto realmente repulsivo. De satánicas facciones. Incrementado por la estaca de madera clavada en el pecho y aquel viscoso líquido bermejo.

—Pobre chica… No debe ser agradable morir de terror.

—Un terror artificial, Peter. Debió sospecharlo Sarah Koster. Se hallaba en unos estudios cinematográficos. En una productora especializada en filmes de terror. Debió imaginar que todo era ficticio. Obra de los expertos en trucajes. Artificial…

Peter Blake exhaló una bocanada de humo.

—Tal vez ya entrara en el barracón con el miedo metido en el cuerpo.

El teniente McDowall frisaba en los cuarenta años de edad. Policía desde los veinticinco. Ingresó de uniforme. Sus cualidades le

habían llevado a ostentar el cargo de teniente de Homicidios.

—Eres un tipo gracioso, Peter. Me resultas simpático, máxime desde que trabajas para la Chypher Company. Recuerdo cuando te dieron la licencia. Peter Blake, como detective privado, me ocasionó quebraderos de cabeza. No he olvidado el asesinato de Burt Lloyd.

—Colaboramos juntos.

El teniente hizo una mueca.

—¿Juntos? Ocultaste pruebas de vital importancia. Eres demasiado impulsivo, Peter. Creí que en la Chypher Company habías encontrado la calma. Allí no existen casos de gran relieve, ni asesinatos…

—Te equivocas. He solucionado un par de ellos. Hay individuos capaces de liquidar a su abuela para heredar la póliza del seguro de vida.

Los dos hombres rieron.

—¿Qué has querido insinuar antes, Peter?

—Sospecho que Sarah Koster entró aquí huyendo de Dillman. Atemorizada por ese individuo. Apuesto a que intentó propasarse con ella.

—Aunque así fuera, ¿de qué puedo acusar a Harold Dillman? Fue un accidente, Peter. Él no podía sospechar que la muchacha padeciera del corazón. Estos espeluznantes escenarios son capaces de impresionar a cualquiera.

—En eso estamos de acuerdo.

Los dos hombres habían abandonado la nave avanzando por el pasillo en dirección a la salida del hangar.

—Además, Peter… dudo que a la Chypher Company le interese un proceso contra Harold Dillman. Eso sí retrasaría el rodaje de *Esclavas de Satán*. Y pasados los diez meses empezarían las indemnizaciones de la compañía.

—Cierto que soy un detective a sueldo y debo velar por los interesados de mi empresa; pero los tipos como Dillman me repugnan. Sarah Koster era casi una chiquilla.

—Una chiquilla que esperó a Harold Dillman en su *bungalow*.

—Tienes la mente sucia, Larry.

—Te has ablandado, Peter. ¿Por qué no te das una vuelta por el Departamento? Te permitiré consultar los archivos. Chicas de catorce años voluntariamente prostituidas, drogas, *discotheques* que

son centros de vicio y corrupción… Una juventud que produce escalofríos.

—Hay otra juventud, Larry. La consciente de sus deberes y que lucha por abrirse honradamente un camino. Por desgracia existen individuos como Dillman cortando el paso. ¿Piensas archivar el asunto?

—Por supuesto que no, Peter; pero puedo asegurarte que de nada se podrá culpar a Harold Dillman.

—Comprendo. Es uno de los grandes de Hollywood.

El teniente chasqueó la lengua.

—No, Peter. Eso carece de importancia para la justicia. La muerte de Sarah Koster fue un accidente y el caso quedará archivado pronto. Buena noticia para la Chypher Company.

Peter Blake dio la última chupada al cigarrillo.

Sonrió.

—Llegué aquí casualmente, Larry. Una visita de rutina para comprobar los adelantos en el rodaje de *Esclavas de Satán*. Mi sorpresa fue grande al comprobar lo ocurrido y ver los estudios plagados de policías. Te agradezco que me permitieras estar presente en los interrogatorios.

—En casos sin importancia no me molestan las pesquisas.

Un individuo se aproximó al teniente McDowall.

—No hemos adelantado gran cosa, teniente. La chica no llevaba documentación encima. Hay miles de ciudadanos con el apellido Koster en Los Angeles. Ahora estamos trabajando partiendo de las huellas encontradas.

—¿Siguen ahí los muchachos de la Prensa?

—Bloqueando los estudios.

—Proporcionadles una de las fotografías tomadas al cadáver. Tal vez así algún pariente o conocido de Sarah Koster se ponga en contacto con nosotros e identifique a la chica. ¿Alguna otra cosa?

—El forense telefoneó al Departamento preguntando por usted. Había ultimado la autopsia. No redactó el informe oficial, pero quiso adelantar sus conclusiones. Su primera impresión resultó cierta. Sarah Koster padecía una dolencia cardíaca. No presentaba señal alguna de violencia. Su fallo en el corazón fue a consecuencia de una fuerte impresión. Según el forense, Sarah Koster murió de terror. Un infinito miedo que su débil corazón no pudo resistir.

—Gracias, Markham.

El policía se alejó.

Peter Blake y el teniente intercambiaron una mirada.

—Sarah Koster, ayer llena de vida, y hoy reposando sobre una fría mesa del depósito de cadáveres. ¿Por qué tanta rapidez en la autopsia, Larry? ¿Sospechabas algo extraño?

—Encontrar un cadáver compartiendo el ataúd con un vampiro, ya resulta extraño. Aunque el vampiro resultara ser un vulgar muñeco. Me intrigó. Eso es todo. La autopsia corrobora la versión de Dillman. No hubo violencia. Caso concluido, Peter.

—Sí… Eso parece.

—Únicamente identificar plenamente a Sarah Koster y comunicarnos con sus familiares. Ninguna acusación contra Harold Dillman.

Blake endureció sus facciones.

—No envidio ese trabajo, Larry. Cierto que el número de muertes violentas en Los Angeles es elevado. Uno se resigna al recibir la triste noticia de que un ser querido ha sido aplastado por las ruedas de un auto. Pero lo de esa chica es diferente. Sarah Koster ha muerto de terror.

CAPÍTULO IV

El teniente Larry McDowall y sus hombres abandonaron los estudios de la Browne H. Films.

Tras una larga jornada de investigación e interrogatorios. Llegaron a primeras horas de la noche anterior. Poco después de que Harold Dillman les telefoneara comunicando lo ocurrido.

A partir de entonces, comenzó la tensa actividad policíaca. Los de dactiloscopia trabajaron a conciencia. No sólo en el hangar donde se hallaba el cadáver de la infortunada Sarah Koster, sino también en el *bungalow*. Era preciso localizar pruebas que corroboraran o desmintieran la declaración de Harold Dillman.

Sí.

Quedó comprobado que Sarah Koster estuvo en el *bungalow*. Sus huellas se encontraron en uno de los vasos y en el pomo de la puerta. También Claire Foch, secretaria de Dillman, afirmó haber dejado a Sarah Koster en el *bungalow*, en espera del afamado director cinematográfico. No se lo mencionó a éste, ya que suponía que Sarah Koster no esperaría todo el tiempo de rodaje.

Los guardianes y algunos empleados de los estudios, oyeron los desgarradores gritos de Sarah Koster desde el barracón. Acudieron cuando ya Harold Dillman salía precipitadamente para avisar a la policía.

Destellos de *flash*, el deambular de los agentes, el ulular de la ambulancia… Con las primeras luces del alba se ordenó el levantamiento del cadáver.

Las investigaciones prosiguieron durante la mañana.

La noticia ya era conocida.

La escultural y mimada Kitty Wood no acudió a los estudios. Tampoco Tony Ritter ni ninguno de los otros actores.

El rodaje se había suspendido.

No sólo el de *Esclavas de Satán*, sino los restantes filmes

actualmente en producción por la Browne H. Films. No era agradable trabajar con la policía alrededor.

Pero la marcha del teniente McDowall y sus hombres indicaba que todo había terminado. La normalidad volvía a los estudios. Se lamentaba el día perdido. La paralización de los rodajes. Pagar cientos de jornales no trabajados…

Nadie lamentaba la muerte de Sarah Koster.

Era una muchacha insignificante.

Peter Blake, tras la retirada del teniente, interrogó personalmente a los vigilantes de la entrada. No oyeron gritar a Sarah Koster durante su permanencia en el *bungalow*. Únicamente su alarido de terror desde el barracón.

Blake acudió al *snack-bar* de los estudios. A poca distancia del amplio *parking*. Un local de dimensiones análogas a los barracones, pero lógicamente de distintas características. Moderna decoración, largo mostrador, infinidad de mesas, reservados, máquina tocadiscos y salita con seis aparatos tragaperras.

Un local destinado al personal de la Browne H. Films. Allí podían comer y distraer las largas horas de pausa o retraso en los rodajes. Diariamente no era extraño ver a un *cowboy* discutir con un gánster o un hombre-lobo platicar animadamente con una chica del *burlesque*. Aquél era lugar de reunión para *extras*, actores y técnicos.

Pero cuando Peter Blake penetró en el *snack*, tan sólo estaba ocupado por Harold Dillman y un nutrido grupo de periodistas. Éstos le rodeaban asaetándole a preguntas.

Dillman les respondía sonriente.

Con suficiencia.

—Según sus palabras, Sarah Koster se le insinuó descaradamente —comentó un periodista de pelo rojizo—. Y usted la rechazó.

—Eso es.

—No está muy de acorde con su fama, señor Dillman. Sara Koster era una muchacha joven y bonita. ¿Por qué la rechazó?

—Tal vez por eso, amigo. Demasiado joven.

Seis eran los periodistas que rodeaban a Harold Dillman. Cinco hombres y una mujer. Ésta no coreó las risas de sus compañeros de profesión.

Dillman prosiguió hablando:

—Bien… Creo que ya les he informado ampliamente de lo

ocurrido. Lamento lo de esa pobre chica, pero soy consciente de que el desgraciado accidente acrecentará mi fama como especialista en el género de terror. El barracón donde murió Sarah Koster fue utilizado para varias escenas de mi último filme *Bloody Tower*. Unos decorados tan diabólicamente creados, que ocasionaron la muerte de Sarah Koster. Cuando comuniquen la noticia, sus lectores sentirán un escalofrío. No quiero pecar de morboso, pero lo ocurrido es buena publicidad para mí y para el actual filme en rodaje. Voy a adelantarles algo. *Esclavas de Satán* es el mejor argumento que ha caído en mis manos. Espeluznantemente terrorífico. Steve Browne, como productor, lo ha comprendido así proporcionando un fabuloso presupuesto para el filme. Sin regatear en gastos. Millones de dólares. Algo inusitado para una película de terror, pero *Esclavas de Satán* será la primera superproducción dedicada a este género. El contratar a Kitty Wood en el papel principal ya es significativo. El número de *extras* también resulta importante. Tan sólo la corte de Satán está formada por cincuenta muchachas de extraordinaria belleza.

—¿Qué nos puede decir del argumento?

—*Top secret* —rió Dillman—, pero no me sorprendería que algún sensible espectador muriera aferrado a su butaca. Sería la segunda víctima del diabólico mundo por mí creado. Cuando Sarah Koster corrió al barracón ignoraba que…

Peter Blake sintió deseos de vomitar.

También impulsos de soltar un trallazo en la boca de Harold Dillman. Sus despectivas palabras e indiferencia eran insultantes para la memoria de la infortunada Sarah Koster.

Blake abandonó el *snack*.

Se encaminó hacia el *parking* acomodándose frente al volante de un deportivo Challenger R/T de la casa Dodge. Inició la marcha atrás para salir del aparcamiento.

El auto quedó paralelo al *snack*.

En el preciso instante en que la mujer periodista abandonaba el local.

Peter Blake no había reparado en ella anteriormente, de ahí que su rostro denotara sorpresa.

Conocía a la muchacha.

—¡Eh, Jean! ¿Te llevo a algún sitio?

La mujer abaniqueo repetidamente sus largas pestañas. Perpleja por la llamada. Al descubrir a Blake, sonrió avanzando hacia el auto.

—Hola, Peter. ¿Qué es de tu vida?

—Muy triste desde que me abandonaste. No he olvidado el plantón.

—Tampoco yo, Peter. Me citaste a las seis en tu apartamento. Pollo frío y champaña para una romántica cena.

—Ajá. Y a las nueve, ya cansado de esperarte, me retiré a dormir.

—No, Peter. No te retiraste a dormir. Fue precisamente la noche en que organizaste aquel escándalo en un *night-club* de North Beach. Todo San Francisco habló de ello.

—Olvidemos eso, Jean. ¿Tienes aquí tu auto?

—Llegué con un colega, pero prefiero marchar en tu compañía —dijo Jean abriendo la portezuela del Challenger R/T y acomodándose junto al detective.

Peter Blake no pudo evitar un significativo destello en sus ojos.

Jean Tucker, con sus veinticuatro años bien aprovechados, era todo un bombón. En su ovalado rostro destacaban sus ojos y aquellos labios deliciosamente gordezuelos y húmedos.

Vestía un juvenil dos piezas de falda y blusa de algodón a lunares. Un favorecedor conjunto. La blusa acentuaba la turgencia de sus bien formados senos. La falda a mitad del muslo.

Lo espectacular fue al sentarse en el auto.

Y de ahí el brillo en los ojos de Blake.

La corta falda subió hasta turbadores límites. Las piernas de largos y bronceados muslos, enfundadas en finos *pantys*, se mostraron con generosidad.

—Me recuerdas a un sapo, Peter. Tus ojos son igual de saltones. Es un verdadero asco… Todos los hombres sois repulsivos, aunque debo reconocer que existen categorías. Harold Dillman puede considerarse como el rey de los marranos.

El Challenger R/T ya enfiló hacia la salida.

La barrera de protección se alzó accionada desde la cabina del guardián.

—¿Qué te ocurre, Jean? Parecías muy emocionada anotando las sabrosas declaraciones de Dillman.

La muchacha inspiró profundamente.

La blusa controló con dificultad los erectos senos.

—Es mi profesión, Peter. Trabajo para uno de los más importantes semanarios cinematográficos de California. Harold Dillman es noticia. Acudí al igual que otros colegas de Prensa. Algunos especialistas en «crónica negra». Yo, afortunadamente, me limito al mundo del cine.

—¿No te gustó la declaración de Dillman?

Jean portaba un gran bolso de mano. Lo abrió. De un cuaderno de azules tapas arrancó varias hojas, hizo una bola con ellas y acto seguido la lanzó por la ventanilla del auto.

—*The Screen* no será emponzoñado con las declaraciones de Harold Dillman. ¡Son auténtica basura!

—Lo que agrada al público, Jean.

—No a los lectores de *The Screen*. Lo de Dillman tiene más cabida en un semanario de sucesos o en la crónica negra de los diarios. Fue algo repugnante, Peter. Manchó la memoria de esa infortunada chica. Y apuesto doble contra sencillo a que su versión de los hechos es falsa.

—Puedo proporcionarte algunas primicias, Jean. La autopsia confirma la declaración de Harold Dillman. No hubo violencia. Sarah Koster murió por un fallo cardíaco. Brutalmente impresionada por los macabros escenarios del barracón. Se puede decir que murió de miedo.

—Ya sé que Dillman no la mató. Únicamente me refería a su historia. No imagino a un bicho como Harold Dillman rechazando las insinuaciones de una linda jovencita. Fue todo lo contrario. Intentó propasarse con Sarah Koster. Ella huyó atemorizada refugiándose en el barracón, creyendo que allí, por estar iluminado, encontraría a alguien.

—Y encontró la muerte.

—Sí, Peter. Una fea muerte…

—He presenciado los interrogatorios del teniente McDowall. Sarah únicamente gritó en el barracón. Así lo han asegurado los vigilantes y algunos empleados. Si Dillman quiso abusar de ella… ¿por qué no gritó en el *bungalow*?

Jean rebuscó en su bolso hasta apoderarse de una cajetilla de Newport. Ofreció un cigarrillo a Blake, pero éste rechazó el tabaco

mentolado con un ademán.

—Conoces poco a las mujeres, Peter. Me pongo en lugar de Sarah Koster. Esquivando las acometidas de Pulpo Dillman. ¿Gritar? ¿Por qué? ¿Dillman intenta propasarse? *Okay*. Una sonora bofetada y solucionado. Sarah optó por arrojarle un vaso de *whisky* y salir del *bungalow*. Seguida del furioso Harold Dillman. En el barracón sí gritó. Tenía motivos.

Peter Blake dirigió una fugaz mirada a la muchacha.

Sonrió.

—Bonita e inteligente. Eres perfecta, Jean.

—No te hagas el gracioso. ¿Me invitas a cenar?

—¿En mi apartamento?

—Olvídalo. Cenaré sola.

Peter Blake, aunque pendiente de la conducción del vehículo, separó su mano derecha del volante para posarla distraídamente sobre la rodilla de Jean.

—Nos conocimos en San Francisco, ¿verdad, Jean? ¡Qué tiempos! Éramos muy buenos amigos, pequeña; pero te separaste de mi lado. Aquí, en Los Angeles, pareces esquivar mi compañía. Hacía ya dos meses que no tenía noticias de ti. ¿Por qué eres así, Jean? Mis sentimientos hacia ti no han cambiado. Yo te…

Súbitamente, Blake soltó un alarido de dolor.

Jean había aplastado el cigarrillo en su mano.

—Ya veo que no has cambiado en absoluto, Peter.

El detective llevó su diestra a la boca.

—Tampoco tú… Apuesto a que sigues sin compromiso. Eres muy arisca, Jean. Si quieres casarte tendrás que claudicar un poco. Mostrarte más amable.

—No tengo prisa por casarme, querido. Me gusta mi trabajo. Soy libre. No tengo que zurcir los calcetines de nadie.

—A pesar de tu carácter me resultas simpática, Jean. De acuerdo. Te invito a cenar. ¿Dónde quieres ir?

—¿Qué te parece el Brown Derby?

Blake tragó saliva.

Era uno de los locales más lujosos de Los Angeles.

—¿Aquí en Hollywood? Ya lo hemos dejado atrás… Conozco un lugar en el centro de la ciudad. A poca distancia de la redacción de *The Screen*.

—Alguno de tus tugurios, ¿no? Jamás te harás rico como detective, Peter.

Blake forzó una sonrisa.

Sin ningún comentario.

Jean tenía toda la razón del mundo.

* * *

Hollywood, contrariamente a la creencia de muchos, no es una ciudad; sino un barrio de Los Angeles. Al igual que Beverly Hills, Culver City, Santa Mónica… Toda una serie de comunidades, antaño independientes, se hallaban agrupadas formando la descomunal ciudad de Los Angeles. La más extensa de los EE. UU. La más contaminada. La más cruel…

Sus calles y avenidas son endiabladamente largas.

El intenso tráfico es agravado por la carencia de *subway*. Ningún tren subterráneo. Todo en la superficie. Contaminando la atmósfera. Formando un pesado y nauseabundo *smog*.

En el año 1781 se fundó con gran solemnidad el pueblo de Nuestra Señora la Reina de los Angeles de Porciúncula.

Hoy, Los Angeles.

Bonito nombre para una ciudad que parece un infierno.

Millones de habitantes en colmenas de cemento. Unos, los famosos y podridos de dólares, en los elegantes *bungalows* de Beverly Hills. Otros, los fracasados y miserables, en pestilentes *ghettos*. Así es la ciudad de Los Angeles.

Odiada y querida.

Peter Blake consiguió estacionar su Challenger R/T en las proximidades a la Santa Barbara Avenue. El restaurante elegido resultó del agrado de Jean. Discreto y elegante. Sus reducidas dimensiones le daban aspecto íntimo, aderezado por una suave música ambiental. Las mesas estaban separadas por artísticos biombos.

Sí.

Todo muy íntimo.

La cena resultó también exquisita.

—¿Tienes alguna cita, Jean? —preguntó Blake al ver que la

muchacha consultaba por enésima vez su reloj de pulsera—. ¿O te aburre mi compañía?

—Nada de eso, amor. Sólo que, antes de las ocho, debo estar en la redacción para presentar mi artículo. No reproduciré las declaraciones de Harold Dillman. Son basura.

—Y una buena publicidad para *Esclavas de Satán*.

—Cierto. Aunque la infortunada Sarah Koster padecía del corazón, causará impacto su muerte. Aterrorizada por los diabólicos escenarios creados bajo la dirección del gran Harold Dillman. Reconozco que es un buen director cinematográfico en su especialidad, el género de terror, pero no goza de mis simpatías.

—¿Por qué?

—Hace dos años, en el International Film Festival de San Francisco, era presentada al certamen una película de Harold Dillman. Ocurrió algo que no fue dado a conocer al público. Una joven *starlett* sufrió el acoso de Dillman. La chica tuvo que ser internada. Su padre, que iba a denunciar a Dillman por violación, fue untado con varios miles de dólares. Se echó tierra al asunto. Incluso las autoridades evitaron que se diera publicidad a lo ocurrido. No… no me resulta simpático Harold Dillman.

—Comparto igual sentimiento.

—¿Qué hacías tú en los estudios de la Browne H. Films?

Blake se llevó la copa de *brandy* a los labios.

Bebió a pequeños sorbos.

—Un trabajo rutinario de la Chypher Company. Se ha asegurado el tiempo de rodaje de *Esclavas de Satán* y la vida de sus protagonistas. También la de Harold Dillman. Ya es norma en películas de importancia.

—Lo sé. Posiblemente Elizabeth Taylor, con su fastuosa *Cleopatra*, creó el precedente. Los retrasos en el rodaje ocasionaron elevadas pérdidas a la productora.

—Ajá. Las pólizas son cuantiosas, pero la Chypher Company cubre los riesgos. De ahí mi visita a los estudios.

—Hace tan sólo unas semanas que se empezó a filmar.

—Sí. Y la gran Kitty Wood ya faltó varios días al rodaje. Ahora lo de Harold Dillman. Tenemos un margen de diez meses. Si transcurrido ese tiempo, el rodaje de *Esclavas de Satán* continúa, la Chypher Company pagará una fuerte indemnización.

—Ignoro el argumento del filme, pero dudo que se realicen muchos exteriores. Puede que el equipo no salga de Los Angeles. Los estudios de la Browne H. Films son fabulosos.

—No puedo responder a eso, Jean. También desconozco el guion. En cuanto a los posibles lugares de rodaje, únicamente fueron comunicados al director de la Chypher Company para así poder fijar el tiempo máximo. Llevan el argumento muy en secreto. Debe ser un buen tema.

Jean hizo un gracioso mohín.

—Lo dudo… Está basado en un original de John Gifford. También realizó el guion. Gifford es un escritor mediocre. Lleva publicadas alrededor de cincuenta novelas. Policíacas, terror y ciencia-ficción. Pues bien, Peter. Ninguna merece pasar de la primera página.

—Eso nada significa, Jean. Es igual que la gallina poco ponedora que un buen día nos sorprende con un huevo de dos yemas. Puede que Gifford haya acertado por fin.

La muchacha rió divertida.

—Tus comparaciones son muy originales, Peter. Bien… lamento dejarte, pero debo ir a la redacción de *The Screen*.

El detective retuvo la mano izquierda de Jean.

—Aún tengo tu número de teléfono.

—¿De veras? También yo el tuyo, Peter.

—¿Por qué no nos vemos con mayor frecuencia, Jean? Reconozco que anteriormente me porté mal contigo. No te conocía bien. Me equivoqué contigo, pequeña.

Jean se había incorporado.

Se inclinó para besar fugazmente los labios de Blake.

—Hasta pronto, Peter.

La muchacha se alejó en dirección a la salida.

Peter Blake quedó inmóvil. Se llevó la mano derecha a los labios. Como queriendo retener allí el fugaz beso de Jean; pero únicamente quedaba el recuerdo de los gordezuelos labios femeninos.

Blake consultó la nota, depositando acto seguido quince dólares sobre la mesa. Tras encender un cigarrillo, se encaminó despreocupadamente hacia la puerta de salida.

El restaurante contaba con un pequeño mostrador a la entrada.

Separado del salón-comedor. Un televisor, empotrado en un mueble vidriera, funcionaba a reducido volumen. El *barman* accionó el mando aumentando la voz.

El individuo de la pantalla leía unos papeles.

Era la emisión dedicada a «últimas noticias».

Peter Blake llegó junto a la salida.

Se disponía a empujar la puerta, pero súbitamente interrumpió el iniciado ademán.

Fue la voz del locutor lo que le obligó a detenerse y girar fijando sus grises ojos en la pantalla del receptor.

La voz del presentador era grave.

Deliberadamente afectada.

—La Browne H. Films parece ser hoy centro de noticias. De trágicas y espeluznantes noticias. El comunicado acaba de llegar hace unos segundos a nuestra mesa de redacción. Podemos afirmar que es una primicia para nuestros telespectadores. La policía aún permanece en el lugar del suceso. Un monstruoso asesinato cometido en un *bungalow* de Beverly Hills. La víctima es Claire Foch, la secretaria del famoso director cinematográfico Harold Dillman. Claire Foch fue decapitada. Pero algo hace más monstruoso y terrorífico el suceso…

El locutor hizo una pausa.

Como todo buen profesional.

Acrecentando la expectación y mayor fuerza del relato.

Su voz volvió a sonar grave y ronca:

—No ha sido hallada la cabeza de Claire Foch.

CAPÍTULO V

Las cuatro paredes de la reducida habitación se hallaban protegidas por negros cortinajes. En el centro de la estancia se alzaba un altar de níveo mármol. Sobre la piedra, una pesada copa de cobre donde eran quemadas ramas de eléboro y laurel. Un humo azulado se extendía por todos los rincones. Los grabados de la copa representaban espeluznantes escenas del Averno.

También, sobre aquel altar, se había depositado un portarretratos. Cubierto por un blanco velo que no dificultaba la visión de la fotografía. La cámara había hecho honor a la misteriosa belleza de Sarah Koster.

Una fotografía perfecta.

Incluso se podía admirar el extraño embrujo de sus verdes ojos.

Frente al altar, a menos de una yarda de distancia, se encontraba un hombre. Encerrado en el triángulo trazado en el suelo con pintura fluorescente. En cada vértice un encendido cirio. A la izquierda del individuo, y dentro del dibujado triángulo, un reloj de arena. A su derecha una calavera cuya antigüedad se remontaba a varios siglos.

El hombre estaba de hinojos.

Con la frente rozando el suelo.

Los brazos extendidos hacia el altar.

Inmóvil.

La arena del reloj bajó por completo.

Y entonces el hombre se incorporó.

Se cubría con una negra túnica que le llegaba hasta los tobillos. De su cuello pendía una cadena de anchos eslabones. La pesada medalla, un triángulo enmarcado en un círculo, era de cobre.

El individuo alzó la mirada.

Frisaba en los cincuenta años de edad. Rostro de angulosas facciones. Las cejas, muy pobladas, semiocultaban sus hundidos

ojos.

Comenzó a hablar.

Sus ojos quedaron en blanco.

—La he visto… He hablado con ella… Sarah me ha comunicado sus deseos desde el Más Allá. Yo los cumpliré con tu ayuda, Satán. Con el poder que me has otorgado desde tu trono en el Averno, pero necesitaré tu protección. Te la demando. Emperador Lucifer, señor de los espíritus del Mal, ayúdame para que los deseos de la sacrificada Sarah sean fielmente cumplidos. Que el príncipe Belcebú me guíe en la misión encomendada.

Los cirios se apagaron.

Al unísono.

El hombre se despojó de la negra túnica luciendo ahora un traje gris de discreta elegancia. Avanzó hacia el altar quitando el velo al portarretratos. De la copa cesó de brotar el azulado humo.

Con la fotografía en su diestra, se encaminó hacia la pared lateral. Tras el cortinaje se ocultaba una puerta.

El hombre abandonó la estancia pasando a una amplia habitación.

Muebles, ropas, libros e infinidad de objetos se amontonaban desordenadamente sobre un largo mostrador. Armarios y estanterías se hallaban repletas de toda clase de utensilios. Modernos y antiguos.

Un individuo de cabeza rapada y mongólicas facciones se encontraba tras el mostrador. Quitando el polvo a un quinqué del pasado siglo.

—¿Algún cliente, Elliot?

Elliot, el de la cabeza rapada, no respondió a la pregunta. Sus ojos estaban fijos en la fotografía que portaba el individuo.

—¿Has hablado con Sarah? ¿Has conseguido verla, maestro?

—Aquí, en la tienda, quiero que me llames señor Koster. Ése es mi nombre. Abner Koster. No lo olvides, Elliot.

—Tú eres mi maestro…

—En efecto, Elliot; pero sólo cuando celebramos una de nuestras… sesiones. ¿De acuerdo?

Elliot asintió con un movimiento de cabeza. Torpemente. Pese a su aspecto físico, alto y corpulento, parecía falto de reflejos. Como un *catcher* sonado.

—¿Has hablado con Sarah? —volvió a interrogar Elliot dejando que un hililllo de baba resbalara por su barbilla.

Abner Koster sonrió.

En una mueca que desfiguró sus facciones proporcionándole satánica expresión.

—Sí, Elliot. Se presentó ante mí. Acudió a mí llamada desde el Reino de las Tinieblas. Formuló unos deseos que tú y yo haremos cumplir, ¿verdad, muchacho?

—Sí… Haré todo lo que ella mande…

—Bien, Elliot. Será un trabajo delicado, pero no estaremos solos. Saldrá perfecto, ya que contamos con la ayuda del mismísimo Satanás. Del maestro de maestros. Se la he solicitado y ha accedido a mí ruego. Somos sus discípulos, Elliot. Sus alumnos preferidos.

Elliot rió como un estúpido.

Moviendo la cabeza repetidamente.

—No sólo vamos a vengar la muerte de Sarah, sino que al mismo tiempo cumpliremos sus deseos. Dos satisfacciones, Elliot. Para Sarah… y para nosotros. Nos ha encomendado una misión que vamos a iniciar de inmediato. Cerraremos la tienda. Yo iré a reclamar el cadáver de Sarah. Y tú…

Abner Koster volvió a reír.

En sus ojos un extraño brillo.

—Tu trabajo será más agradable, Elliot. Sé que te gustará. Te voy a proporcionar una bonita mujer. Su nombre es Claire Foch. La encontrarás en Beverly Hills. En el 849 de Post Road.

Elliot también sonrió.

Babeando.

—¿Qué debo hacer?

—Algo muy sencillo, Elliot. Me traes la cabeza de Claire Foch.

* * *

Beverly Hills.

Refugio para los poderosos del Séptimo Arte.

Elegantes y lujosos *bungalows* bordeando las colinas, Auténticos palacios de ensueño. Dignos de figurar en *Las Mil y una Noche*.

Kirk Douglas en el 707 de North Canyon Drive, Dean Martin en

el 601 de Mountain Drive, Doris Day y su *bungalow* número 713 de North Crescent Drive, el fabuloso Jerry Lewis y su fortaleza de St. Cloud Road…

Los poderosos del cine, conscientes de la envidia que despiertan, protegen sus mansiones con alambres electrificados, guardaespaldas, sistemas de alarma y fieros perros.

Sí.

Hay que protegerse de los falsos *hippies* que no quieren el amor, sino la muerte; de los vagabundos sospechosos, de los ladrones, de los asesinos a sueldo, de los envidiosos…

Es prudente hacerlo.

Pero… ¿cómo protegerse contra un discípulo de Satán?

Por las extensas colinas de Beverly existen muchos tipos de *bungalows*. Desde aquellos propios de cuentos de hadas a los discretos y prefabricados. También eran variados los medios de seguridad.

Muchos no los necesitaban.

Creían no tener enemigos.

Claire Foch, pese a disfrutar de un buen sueldo y cómoda posición, jamás pensó en colocar alambres electrificados ni rodearse de perros lobos.

Su *bungalow*, instalado a mitad de Post Road, era de una sola planta. Rodeado de un alto seto que circundaba el pequeño jardín y la piscina. La casa era de moderna construcción.

Las *script-girls*, al igual que guionistas, fotógrafos, decoradores y demás técnicos del mundo del cine, habitaban en Beverly Hills. No era zona en exclusiva para las grandes estrellas cinematográficas. La proximidad con Hollywood hacía que el personal vinculado al cine ocupara los *bungalows*, apartamentos y hoteles de Beverly Hills.

Aquél era un día de descanso para Claire Foch.

Un descanso obligado por lo ocurrido en los estudios de la Browne H. Films. Harold Dillman telefoneó a primera hora de la mañana comunicando a su secretaria el lamentable suceso; pero ya horas antes, Claire, había recibido la visita de la policía. Le formularon algunas preguntas relacionadas con Sarah Koster.

Claire almorzó en los estudios con Dillman y el operador jefe. Se acordó demorar el rodaje de *Esclavas de Satán* hasta que el teniente McDowall concluyera sus investigaciones. Claire retornó a su

bungalow de Beverly Hills.

Pasó la tarde estudiando las anotaciones y repasando los croquis efectuados en el último *raccord*. Su trabajo era importante. Era la encargada de llevar el diario de rodaje.

La hora de la cena la sorprendió en el salón.

Se encaminó hacia la cocina.

Su idea era no salir del *bungalow*. Prepararía una cena fría y luego pensaba disfrutar de su programa preferido de televisión.

El timbre de llamada la hizo detenerse y dirigirse hacia el *living*. Entreabrió la puerta sin quitar la cadena de seguridad.

Un individuo de cabeza rapada, alto y corpulento, le sonrió cordial. Portaba en su diestra una bolsa de herramientas.

—Buenas tardes, señorita… Mi nombre es Elliot Hunter. Vengo a reparar su teléfono.

—¿Mi teléfono? Creo que sufre un error… No he detectado ninguna avería.

La sonrisa no se borró del rostro de Elliot Hunter.

—Apuesto a que no ha utilizado el aparato en los últimos treinta minutos. El fallo ha afectado a algunas líneas de Post Road. Sólo me queda su teléfono por revisar. Si me permite pasar unos instantes, evitaría el desplazarme mañana por aquí. Es cuestión de minutos.

Claire dudó.

Asesinatos, robos, violaciones, crímenes rituales… La violencia imperaba en la populosa ciudad de Los Angeles.

De ahí la extremada prudencia de sus habitantes.

—Un momento, por favor…

Claire pasó al salón. Allí, sobre una coqueta mesa, estaba el teléfono central. Disponía de supletorios en la cocina y el dormitorio.

Atrapó el micro pegándolo a su oreja derecha. No le llegó la clásica señal de llamada.

Claire tecleó sobre la palanca.

Ningún sonido.

Efectivamente existía avería.

La mujer, dado que no había planeado salir del *bungalow*, lucía una vestimenta cómoda y apropiada para los rigores del verano. Blusa de lunares anudada bajo el busto y un atrevido *minishort*.

No se molestó en cubrirse con una bata.

Por cualquier calle de Los Angeles deambulaban muchachas más ligeras de ropa. La moda de «ombligo al sol» estaba en pleno apogeo.

Aunque no todas las mujeres podían vanagloriarse de poseer un cuerpo como el de Claire.

Realzaba su belleza una piel morena, pero no de un artificial bronceado. Estaba seductoramente bañada por los rayos del sol.

Claire retornó al *living*.

Quitó la cadena de seguridad abriendo la puerta.

—Disculpe mi desconfianza…

—Elliot. Ése es mi nombre. Elliot Hunter.

—Supongo que reparará la avería en el aparato central, ¿verdad? Está en el salón. Sígame.

El movimiento de caderas de Claire no era deliberado, sino natural. No deseaba provocar. Sin embargo, era la viva imagen de la tentación.

Los ojos de Elliot Hunter recorrieron el cuerpo femenino. Su diestra se cerró con fuerza atenazando la bolsa de herramientas. Sus nudillos blanquearon.

—Aquí lo tiene. ¿Cuánto tiempo invertirá?

Elliot Hunter dirigía ahora su mirada por todo el salón.

Muy bien decorado y con lujosos muebles.

Claire estaba junto al sofá cercano a la mesa-teléfono. Esperando la respuesta del individuo.

—Todo será muy rápido, señorita…

Elliot Hunter abrió la bolsa de herramientas.

Aún no se había dignado echar una mirada al aparato telefónico.

Sacó un rollo de cinta aislante. Muy ancha. Arrancó un trozo con sus propias manos. Sin necesidad de utilizar un objeto cortante.

De pronto, se abalanzó sobre Claire taponando su boca con la cinta aislante. Con movimientos rápidos y certeros. La mujer, cuando quiso reaccionar, se vio bruscamente empujada hacia el sofá.

Elliot Hunter intentaba ahora maniatar sus manos con la cinta. Claire, ya repuesta del sorpresivo ataque, braceó desesperadamente ofreciendo tenaz resistencia. Su forcejeo cesó al recibir dos violentas bofetadas propinadas por Hunter.

Quedó aturdida.

No obstante se percataba del peligro.

Tenía las manos atadas a la espalda. La cinta taponaba su boca impidiendo todo grito.

El terror se apoderó de Claire.

Vio el rostro de Elliot Hunter muy próximo. Sus desencajadas facciones. El lascivo brillo de sus ojos y aquel nauseabundo hililllo de baba resbalando por la comisura de sus labios.

Claire cerró los ojos.

Con fuerza.

Como queriendo escapar de aquella pesadilla.

Era un demente el que la atacaba. Un loco sádico de los muchos que pululan por California sembrando el terror. Una fría estadística informaba mensualmente de los asesinatos y violaciones cometidos por enfermos mentales.

Lo de Mason era ya insignificante. Eclipsado por el espeluznante descubrimiento de 1973. En California. Un loco depravado asesinó satánicamente a una veintena de muchachos enterrando sus cuerpos en distintos lugares. Un monstruoso suceso que hizo estremecer a los indiferentes californianos.

Sí.

No había duda.

Claire era atacada por uno de esos demoníacos locos.

Abrió los ojos.

Vio cómo Elliot Hunter se alejaba. La esperanza se reflejó en el rostro de la mujer. Quedaba con vida. Y eso era lo único importante.

Vivir.

Pero Elliot Hunter se detuvo al llegar junto a su bolsa de herramientas. De allí sacó una especie de urna. Una cuadrada caja de cristal con bordes reforzados. También extrajo algo más.

Un serrucho de podar.

Y avanzó lentamente hacia Claire.

La mujer desorbitó los ojos.

Comprendió que no iba a vivir.

Que estaba sentenciada.

El bello rostro de Claire se deformó en mueca de terror. Quiso gritar. Sacudió su cabeza golpeándose desesperadamente contra el respaldo del sofá. Pugnando por romper sus ligaduras.

Todo era inútil.
Elliot Hunter llegó junto a ella…

CAPÍTULO VI

Varios coches de la Metropolitan Police acordonaban la zona. Sus luces rojas destellaban girando sobre la capota. Más de una veintena de uniformados agentes patrullaban por los alrededores. Algunos de ellos, los más novatos, se estremecían ante la posibilidad de encontrar lo que estaban buscando.

No.

No iba a resultar agradable encontrar entre los matorrales la ensangrentada cabeza de una mujer.

El despliegue organizado por el teniente McDowall fue espectacular. Sus mejores técnicos en dactiloscopia recorrían hasta el último de los rincones de la casa en busca de huellas.

El cadáver aún estaba allí.

Sobre el sofá.

Cubierto con una sábana.

Larry McDowall se llevó a la boca una pastilla de mascar. Paseaba de un lado a otro como un león enjaulado. Dando instrucciones a sus hombres. Órdenes que no eran necesarias, dada la experiencia de sus subordinados. Éstos obedecían impasibles a la seca autoridad del teniente. Comprendían su estado de ánimo y nerviosismo. Lo compartían.

Se hallaban ante un monstruoso crimen.

Escalofriante y diabólico.

Uno de los agentes que controlaban la entrada al *bungalow*, se aproximó al teniente McDowall.

—Un tal Peter Blake quiere verle, teniente. También los periodistas se muestran impacientes por recibir información del suceso. Desean que…

—¡Al diablo con ellos! Que pase Peter Blake.

A los breves segundos, penetró Peter Blake en el salón. Su mirada fue hacia el sofá. En la sábana ya se dibujaban rojas

manchas. El tapizado, la alfombra, los muebles cercanos al sofá… Todo aparecía salpicado de sangre.

Como si se hubiera celebrado allí una demoníaca orgía.

—Malas noticias para tu compañía, ¿eh, Peter? —rió McDowall agriamente—. Ahí tienes a la secretaria de Harold Dillman. Aunque tal vez no se retrase mucho el rodaje. Nadie es imprescindible. Adelante, Peter. Puedes echar un vistazo. Siempre has sido un tipo muy curioso.

Blake hizo caso omiso a la amarga ironía del teniente.

Acudió junto al sofá.

Su mano derecha apartó suavemente la sábana.

Peter Blake se consideraba un tipo duro. Impasible. De temperamento frío y calculador. Acostumbrado a todo. Sus años de detective en San Francisco le habían endurecido.

Eso al menos creía él.

Sin embargo, no pudo evitar el estremecerse de pies a cabeza. Retrocedió brutalmente impresionado por el macabro espectáculo.

—Te felicito, Peter. Lo has soportado con entereza. Algunos de mis hombres han vomitado. También yo sentí náuseas. ¿Es la primera vez que ves a una mujer decapitada, Peter?

Blake se había llevado un cigarrillo a los labios.

Con leve temblor en sus manos.

—¿Alguna huella, Larry?

—¡Seguro! ¡Infinidad de ellas! Pero ninguna pertenece al hijo de perra que mató a Claire Foch.

—¿Y… la cabeza?

—Sigue sin aparecer. En el *bungalow* no está. Se ha registrado a conciencia. Estamos ahora trabajando por los alrededores.

—¿Qué opinas, Larry?

—Obra de un sádico. De un demoníaco loco. ¿Qué otra explicación se puede dar? Todo está en orden. Objetos de valor, joyas, dinero… El asesino no se ha llevado nada, a excepción de la cabeza de su víctima. Como un trofeo. ¡Sucio bastardo…!

—¿Forzó la entrada?

—No. Sin duda la propia Claire Foch le abrió la puerta del *bungalow*.

—Extraño, ¿no? En Beverly Hills se vive en eterna psicosis de miedo. Nadie se aventura a abrir la puerta al primer desconocido

que llama. Es de suponer que se tratara de un amigo o persona vinculada a Claire Foch.

El sargento Allan Henderson, también de la Brigada de Homicidios, hizo su entrada en el salón. Saludó a Blake con un ademán para acto seguido dirigirse a su superior.

—Tengo el informe solicitado, teniente. Claire Foch no efectuó ninguna llamada telefónica en las últimas cinco horas.

Larry McDowall posó su mirada en el aparato telefónico.

El micro estaba fuera de la palanca…

—Tal vez el asesino no permitió esa llamada…

—Tampoco hubo avería, teniente. Las líneas han funcionado perfectamente durante todo el día. Tal vez la señora Morse equivocó el uniforme.

—Sigue interrogando a los vecinos de la zona, Allan. Puede que algún otro haya visto al individuo de la chaqueta gris.

—Muy bien, teniente.

Allan Henderson se retiró.

—Dame un cigarrillo, Peter. He terminado los míos.

Blake ofreció la cajetilla al teniente.

—¿Quién es esa señora Morse?

McDowall exhaló una bocanada de humo.

—Tiene un *bungalow* a poca distancia de aquí. Asegura haber visto a un empleado de teléfonos dirigiéndose a la casa de Claire Foch.

—Es una buena pista, Larry. Claire se confió y le abrió la puerta creyéndole empleado de…

—¿Sin tener avería en su teléfono? —cortó el teniente irritado—. ¿Lo harías tú? No, Peter. No encaja. En la puerta de entrada hay cadena de seguridad. Es lógico suponer que Claire Foch entreabrió la puerta para identificar a su visitante. ¿Empleado de teléfonos? Ya has oído a Allan. El teléfono funcionaba. No hubo avería en toda la zona. ¿Por qué diablos iba a abrirle la puerta?

Blake asintió.

Compartiendo el razonamiento del policía.

—Se te presenta un difícil caso, Larry.

—Lo sé, maldita sea… El asesino no parece estar relacionado con Claire. No hubiera obrado así.

—¿Qué quieres decir?

—Si algún posible enemigo de Claire Foch deseaba eliminarla, ¿por qué llevarse su cabeza? ¿Por qué decapitarla? No es el clásico crimen premeditado. Obra de un psicópata, Peter. No hay duda. ¿Un *hippie* borracho de LSD? ¿Un sádico? ¿Un vagabundo esquizofrénico…? ¡Maldita sea! A veces tengo la sensación de estar habitando en un estercolero.

—¿Has comunicado la noticia a Harold Dillman?

El teniente denegó con un movimiento de cabeza.

—Llevo aquí menos de una hora. Una amiga de Claire Foch descubrió el mutilado cadáver y nos dio el aviso. Por supuesto que hablaré con Dillman y con todas las personas vinculadas a Claire.

—Te deseo suerte, Larry. La vas a necesitar. Un feo asunto en un terreno difícil. Empezaste en los estudios de la Browne H. Films con lo de Sarah Koster, y ahora sigues metido en el mundo del cine.

—Lo de Sarah Koster ya está archivado. A primeras horas de la tarde se presentó el padre de la muchacha en el depósito de cadáveres. Un tal Abner Koster. Identificó el cuerpo como el de su hija Sarah. El pobre hombre leyó la noticia en los vespertinos.

—Abner Koster… ¿Está relacionado con la industria cinematográfica?

—No. Incluso ignoraba los deseos de su hija por debutar en el cine. Abner Koster es un vulgar comerciante. Propietario de una pequeña tienda de compra-venta y antigüedades.

Peter Blake no hizo ningún comentario.

Sus ojos estaban fijos en el sofá.

En la sábana que iba agrandando aquellas manchas rojas. Ya eran grandes círculos dibujados por la sangre de Claire Foch.

El detective volvió a estremecerse.

Desvió la mirada hacia el teniente.

—¿Se conoce el arma homicida, Larry?

—Por supuesto no ha aparecido; pero el forense, en sus primeras impresiones, me ha adelantado algo. Arma blanca. Una hoja dentada. Algún serrucho o instrumento semejante. Será más explícito tras las autopsia. Otro detalle hace aún más monstruoso el crimen, Peter.

—¿Cuál?

Las facciones de Larry McDowall se endurecieron. Silabeó entre dientes.

Una sola palabra:
—Violación.

CAPÍTULO VII

Otro día perdido.

El rodaje de exteriores programado para la mañana fue aplazado. Se acordó filmar en uno de los decorados creados exclusivamente para *Esclavas de Satán*, pero resultó imposible.

En esta ocasión la culpa no fue de Kitty Wood.

Ella acudió a los estudios. Al igual que Tony Ritter. También estaba Harold Dillman y el equipo de especialistas. Todos fueron interrogados durante la mañana. La brutal muerte de Claire Foch les había afectado.

Pero el rodaje debía continuar y así se acordó reanudarlo a la tarde. En el *plateau* de uno de los barracones.

Fracasó el intento.

Un imprevisto echó por tierra los deseos de Harold Dillman.

Fue otro día perdido.

Los periodistas acosaron los estudios de la Browne H. Films. No sólo los que escribían para revistas cinematográficas, sino enviados de todos los diarios californianos.

Los especialistas en «crónica negra» contaban con un monstruoso crimen que ofrecer a sus morbosos lectores.

Esclavas de Satán, con sólo unas semanas de rodaje y pocos metros de cinta, ya era famosa. Terroríficamente popular. El éxito de taquilla estaba asegurado. El público, ávido de emociones fuertes, se volcaría con placentera morbosidad. Convertiría *Esclavas de Satán* en un récord de taquilla.

Harold Dillman era consciente de ello.

Depositó la botella de Johnnie Walker en el mueble-bar.

—¿Soda?

—Hielo simplemente.

Peter Blake estaba acomodado en uno de los sillones del salón. Con un cigarrillo humeando en sus labios. Aceptó el vaso que le

ofrecía Dillman.

—Me recuerda usted a un ave de rapiña, Blake.

—¿De veras?

—Tal vez ignore que hoy mismo he elevado una enérgica protesta a la Chypher Company. Los retrasos de rodaje son completamente ajenos a nuestra voluntad. Por otra parte, hace tan sólo unas semanas que se inició la filmación. Quedan diez meses por delante. Su presencia aquí no es lógica, Blake. Husmeando por los estudios y haciendo preguntas. Yo soy el primer interesado en terminar cuanto antes la película. Y puedo asegurarle que se hará antes del plazo fijado con la Chypher Company. No tendrán que soltar indemnización alguna.

El detective sonrió tras la parrafada de Dillman.

—Los comienzos no han sido muy felices. La informalidad de Kitty Wood, su torpeza con la infortunada Sarah Koster y ahora lo de Claire Foch.

—¿Acaso soy culpable de todo eso?

—¿Se considera al margen de lo ocurrido a Sarah Koster?

—¡Por supuesto! Fue un accidente.

—¿Por qué no se limitó a una negativa? Sarah Koster, al igual que otras muchas jóvenes de Los Angeles, soñaba con el dorado Hollywood. Usted quiso sacarle jugo.

Harold Dillman enrojeció.

—¿Qué insinúa, Blake?

Peter Blake le dirigió una dura mirada.

Aplastó el cigarrillo en uno de los ceniceros a la vez que se incorporaba del sillón.

—No engañó a nadie haciéndose pasar por virtuoso, Dillman. Muchos recuerdan lo ocurrido a una *starlett* de San Francisco. El corazón de Sarah Koster empezó a padecer aquí. En este *bungalow*.

—Me está insultando, Blake. Le ordeno que salga de inmediato. Se toma atribuciones que no le corresponden. Si considera que los retrasos en el rodaje son deliberados, presente su informe en la Chypher Company. ¡Y déjeme en paz!

—Correcto, Dillman. Eso haré. Por cierto… hoy estaba programado rodar interiores en el barracón D-7. Incluso la variable Kitty Wood fue puntual. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué no se realizó ninguna toma?

Harold Dillman vació su vaso de *whisky*.

Centró su rencorosa mirada en el detective.

—¿Entiende algo de cine, Blake?

—Un poco. No soy experto, ya que procuro mantenerme alejado de los estercoleros.

Dillman volvió a enrojecer, no obstante prefirió ignorar el sarcástico comentario.

—Claire Foch era mi *script-girl*. Ella era la encargada de detallar todos los *raccords*[2]. Al interrumpir una escena, Claire levantaba croquis, fotografías, tiempo invertido, vestuario, posición de los actores… Todo quedaba perfectamente planificado para la siguiente toma. Claire llevaba todo eso en su diario de rodaje. Algo imprescindible.

—¿Y qué? Ya ha conseguido una sustituta. En la Browne H. Films disponen de buena plantilla.

—Cierto. Pero mi nueva secretaria necesita el diario de Claire Foch. Ayer, cuando se me comunicó la trágica noticia, fui interrogado por el teniente McDowall. Le rogué que me fuera entregado ese diario, ya que resultaba de vital importancia para proseguir los trabajos.

—¿No aceptó el teniente?

—Oh, sí… Se mostró muy comprensivo. Pero el diario había desaparecido del *bungalow* de Claire Foch.

Peter Blake arqueó las cejas.

Algo perplejo.

—¿Está seguro de eso, Dillman?

—El teniente McDowall y sus hombres registraron el *bungalow* a conciencia. El diario no está allí.

—Tal vez Claire lo dejó en otro sitio. Aquí, por ejemplo.

El director cinematográfico denegó con firme movimiento de cabeza.

—Ayer almorcé con Claire Foch. No hubo rodaje. Claire jamás se separaba de la negra carpeta donde guardaba las anotaciones. Me dijo que revisaría el último *raccord* en su *bungalow*. Quería aprovechar las pausas en el rodaje para pasar a limpio las anotaciones efectuadas hasta la fecha. Pensaba hacerlo ayer. La noche en que fue asesinada. Claire Foch llevaba trabajando conmigo dos años, Blake. Era eficiente. Podía dejar su lápiz de labios en

cualquier sitio, pero nunca su diario de rodaje.

—Muy curioso…

—Lo mismo opinó el teniente McDowall. Al principio rebuscó con indiferencia el diario, pero al comprobar que no aparecía por ningún lado se mostró intrigado. Sospecha que el asesino se llevó esas anotaciones.

—¿Son de alguna utilidad?

—Sólo para mí. Necesarias para poder reanudar las escenas interrumpidas. A nadie más pueden interesar. Resulta absurdo imaginar que asesinaran a Claire para robarle el diario de rodaje.

—Deberá empezar desde el principio algunas escenas, ¿no?

—Así es. Esta tarde no dudaba en tener el diario en mi poder. Cuando el teniente McDowall telefoneó comunicando no dar con él, suspendí el rodaje. Mañana comenzaremos de nuevo.

—Siempre que no surjan más contratiempos.

—Kitty Wood ha sido seriamente advertida. No volverá a fallar. Trabajaremos sin tregua para recuperar el tiempo perdido y superar el trastorno ocasionado con la desaparición del diario.

—Espero que así sea, Dillman. Gracias por el *whisky*.

—No es necesario que nos visite con tanta frecuencia, Blake. Empieza a molestar verle metiendo las narices por los estudios.

El detective sonrió.

—Me pagan para eso, Dillman. Hasta pronto.

Peter Blake abandonó el *bungalow*.

Minutos más tarde, ya acomodado frente al volante de su Challenger R/T, dejaba atrás los descomunales estudios de la Browne H. Films.

Consultó la esfera de su reloj.

Contaba con el tiempo justo para acudir a su cita con Jean Tucker. Posiblemente ya le estaría esperando en el Capricorn, uno de los *night-clubs* más elegantes de Hollywood.

La mente de Peter Blake rememoró la conversación mantenida con Dillman.

Centrándose en lo concerniente al desaparecido diario.

¿Qué utilidad podía tener para el asesino el diario de rodaje de *Esclavas de Satán*?

* * *

Hollywood es pródigo en lujosos *night-clubs*.

Debe serlo, ya que cuenta con la más selecta de la clientela. Los famosos del cine abandonan momentáneamente sus palacios de Beverly Hills para disfrutar de las alegres noches de Los Angeles, de los fastuosos *shows,* de las salas de juego… de aquel mágico mundo creado exclusivamente para ellos.

Únicamente Las Vegas eclipsa los *night-clubs* del paradisíaco Hollywood.

Un mundo de ensueño para los poderosos.

Sí.

Creado exclusivamente para ellos. Para los forrados de dólares. Para los que sueltan propinas de veinticinco dólares al abrecoches o pierden cinco mil dólares cada tres minutos en el girar de la bola de la ruleta. Sin pestañear.

—Jamás me acostumbraré a esto, Peter. Ni llegaré a comprenderlo. ¿Cómo pueden tirar así el dinero?

—Les sobra.

—Existen otras formas de gastarlo, Peter. Niños que mueren de hambre y miles de seres humanos que sucumbirán de no recibir ayuda. No son hipótesis ni falsas estadísticas. Es una cruel realidad. Se hacen estudios sobre países cuyos habitantes, por falta de recursos, morirán irremisiblemente en número escalofriante.

Blake paladeó su *brandy*.

Dirigió una burlona mirada a Jean.

—¿De dónde sales, pequeña? Pareces vivir en una nube. ¿De qué te asombras?

—Ya te he dicho que jamás me acostumbraré a esto. Tirar así el dinero me parece absurdo. Inhumano.

—Ayudan a los necesitados, Jean. ¿No has oído a Kitty Wood defender a los indios? Está de moda alabar las virtudes del bravo pueblo sioux. Debe ser porque ya quedan muy pocos. ¿Qué me dices de Tony Ritter? Aseguran que vomitó después de presenciar por televisión un viejo documental del Vietnam. Al día siguiente hizo unas declaraciones contra Nixon que fueron muy celebradas. Lo triste es que los indios siguen en difícil situación y los niños mutilados del Vietnam faltos de cuidados. ¿Y qué? Todo es normal, Jean. Nadie se rasga las vestiduras.

—Puede que tengas razón. Allá ellos con sus conciencias…

Muchos de los que ahora despilfarran posiblemente mueran en la miseria. No sería el primer caso. Famosas estrellas de los años cincuenta están ahora empleadas en almacenes y pasando calamidades.

—Oye, Jean… El estar sentados en una mesa del Capricorn me costará alrededor de los veinte dólares. Como mínimo. ¿Por qué no disfrutamos la velada? ¿Quieres bailar?

Antes de que Jean pudiera responder, se apagaron las luces de la sala. El *showman* de turno anunció la actuación de una danzarina oriental.

Peter Blake hizo un gesto de fastidio.

Quedaron en la mesa.

Varios focos se alternaron para iluminar a la mujer que saltó a la pista. El refinado público del Capricorn la recibió con discretos aplausos; pero la mujer era como para subirse por las paredes.

Bella como una diosa.

Su danza fue auténticamente oriental. Artística. Siguiendo la sensual música de la orquesta. Ejecutando un *strip-teasse* sin rozar jamás la procacidad o el mal gusto. Lanzó uno a uno los velos. Sobre su escultural cuerpo únicamente quedó el brillante acoplado en el ombligo.

El *showman* la arropó con una capa roja de terciopelo.

Se encendieron las luces.

Los aplausos fueron ahora más entusiastas.

—Se te van a caer los ojos, Peter.

Blake sonrió.

—Siempre me gustó la danza oriental.

—Ya.

—¿Estás celosa?

—¿Yo? No seas ridículo…

Blake alargó su brazo derecho rodeando los hombros femeninos. Besó el lóbulo izquierdo deslizando los labios por la mejilla de Jean. Sintió que ésta se estremecía ante la caricia.

Unieron sus labios.

La muchacha se separó algo turbada.

—No has cambiado en absoluto, Peter. Igual de caradura.

—Te quiero, Jean. Y tú a mí. Sabía que me llamarías. Que no tardarías en telefonearme.

—Por supuesto, querido. Mi presupuesto no me permite una consumición en el Capricorn. Por eso te llamé.

—Muy graciosa. Te advierto que tu capricho de acudir aquí me sorprendió. No es lugar para nosotros. Sé de un local que…

La joven le interrumpió con una sonrisa.

—Conozco tus tugurios, Peter. El venir aquí no fue capricho —Jean consultó su reloj de pulsera—. Tengo una cita con Tony Ritter. Me prometió una entrevista en exclusiva.

—¿Aquí?

—Ya sabes que Ritter es el propietario del Capricorn. Dentro de… cinco minutos me recibirá en su despacho.

—Y yo tendré que esperarte.

—Correcto, cariño.

—Me has utilizado como pasatiempo. Una distracción mientras llegaba el momento de la entrevista. Como si fuera un patán que…

Jean se había inclinado para posar sus gordezuelos labios sobre los del detective. Un cálido beso que pecó de fugaz.

—Sufres un error. Quería estar contigo, Peter. A tu lado.

—Me vuelves loco, nena…

Blake echó sus zarpas, pero ya la joven se había incorporado sonriendo con picardía.

—Procuraré ser breve.

—Lo dudo. Todos los relacionados con la Browne H. Films y *Esclavas de Satán* son rabiosa actualidad. El accidente de Sarah Koster y ahora el monstruoso asesinato de Claire Foch. Carnada para los lectores.

—Tengo programada la entrevista con Ritter desde hace cinco días. Antes de los horribles sucesos. No trabajo para un semanario de sucesos sensacionalistas y macabros, aunque no oculto que lo ocurrido despierta el interés hacia los protagonistas de *Esclavas de Satán*. Me apunté un buen tanto al acordar esta entrevista.

—¿Seguro que Ritter te espera?

—Por supuesto. Es hombre de palabra, no obstante telefoneé esta tarde para confirmar la cita. A las ocho en su despacho del Capricorn. Ya es la hora, Peter. ¿Me esperas aquí?

—Iré a la sala de juego.

Uno de los camareros acudió a la llamada de Blake. Abonó la consumición añadiendo un dólar de propina que el individuo aceptó

con nulo entusiasmo. Incluso algo despectivo.

Peter Blake y la muchacha abandonaron la sala.

El Capricorn, como los elegantes *night-clubs* de Las Vegas, contaba con distintas salas de diversión. Lujoso restaurante en la planta baja, donde también se podía disfrutar de un selecto espectáculo, sala de baile donde se centraban los más excitantes *shows* y el amplio local destinado al juego.

Todo con máximo confort y lujo.

En la sala de juego, más que mesas de ruleta, kino, black-jack, chemin de fer, dados, bingo y demás clásicos del azar, proliferaban las máquinas tragaperras. Las llamativas y tentadoras *slot-machines*. Las máquinas de palanca o «un solo brazo». Hombres y mujeres se agolpaban sobre ellas. Por la ranura se introducían monedas de a dólar, medio o de veinticinco centavos con la ilusión de que la máquina devolviera multiplicada la cantidad al acertar cualquiera de las combinaciones.

Era la sala más concurrida.

Mujeres de elegante vestimenta y valiosas joyas maldecían a la máquina. No les importaba el dinero perdido, sino el verse burladas una y otra vez.

Jean no desmerecía entre aquellas elegantes mujeres. Incluso destacaba poderosamente. Su vestido cóctel de encaje en algodón blanco acentuaba su belleza. También Peter Blake había cambiado su clásica vestimenta deportiva por un traje a rayas estilo diplomático.

Al fondo de la sala de juego se divisaba una puerta con la indicación de «Privado». Un individuo parecía custodiarla.

Así resultó ser, ya que cuando Jean Tucker hizo ademán de aproximarse, se interpuso con poca cordial sonrisa.

—¿Puedo servirle en algo, señorita?

Soy Jean Tucker. Tengo una cita con el señor Ritter.

La expresión cambió en el rostro del individuo.

—Ah, sí… Puede pasar. El señor Ritter la está esperando. Segunda puerta a la derecha.

—Gracias.

La muchacha giró la cabeza para sonreír a Peter Blake situado a poca distancia. Acto seguido desapareció tras la puerta. El individuo prosiguió custodiando la entrada.

Peter Blake suspiró, resignado a la espera.

Sacó su cajetilla de tabaco a la vez que su mirada recorría la sala en busca de una *slot-machine* libre.

Apenas la llama del encendedor entró en contacto con el cigarrillo, se escuchó el desgarrador grito.

Un fuerte alarido que fue audible pese al ruido producido por las máquinas tragaperras.

Peter Blake arrojó el cigarrillo precipitándose hacia la puerta.

Era Jean quien gritaba.

CAPÍTULO VIII

El individuo que custodiaba la puerta la abrió presuroso al oír el grito femenino. Se adentró por un ancho pasillo. Seguido de Peter Blake. Sus precipitados pasos eran amortiguados por el alfombrado corredor.

La segunda puerta del pasillo aparecía abierta.

La estancia correspondía al despacho de Tony Ritter.

Jean estaba casi bajo el umbral. Las manos a la altura de su garganta. En su bello rostro una mueca de terror. Continuaba gritando. Histérica. Sin controlar su miedo.

—¿Qué diablos…?

El individuo, que penetró antes que Blake, se interrumpió. Quedó con la boca entreabierta. Desorbitó los ojos a la vez que la palidez se apoderaba de sus facciones.

Peter Blake hizo girar a Jean abrazándola contra su pecho. Con fuerza. Protectoramente. Obligándola a dejar de contemplar la espeluznante escena.

Los grises ojos de Blake sí miraron *aquello*. El despacho estaba lujosamente decorado. Suelo de moqueta. Artísticos cuadros colgaban de las paredes. Biblioteca con mueble-bar y televisor acoplado. También un estereofónico tocadiscos con radio incorporada. La mesa escritorio y los cómodos sillones completaban el mobiliario.

En el sillón giratorio situado tras la mesa despacho estaba Tony Ritter.

Era de suponer que se trataba de Tony Ritter, aunque resultaba muy difícil afirmarlo con seguridad.

Sí.

A primera vista resultaba difícil.

Porque no tenía cabeza.

Le había sido arrancada de cuajo.

El espectáculo era escalofriante.

Satánico y monstruoso.

Del decapitado cuerpo manaba sangre como un surtidor. El tapizado del sillón, de un bonito tono azul, ya casi estaba cubierto por aquel viscoso líquido que brotaba del cercenado cuello.

También los papeles depositados sobre la mesa aparecían salpicados de sangre.

Y la alfombra.

Incluso los cortinajes del ventanal.

Peter Blake condujo a la muchacha fuera del despacho. Varios individuos llegaban por el corredor. Uno de ellos era el gerente del Capricorn.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién…?

—No permita que entre nadie en esta zona —ordenó Blake secamente—. Avise a la policía. Al teniente McDowall, de la Brigada de Homicidios. Han asesinado a Tony Ritter.

Peter Blake no se quedó a ver la cara de estupor del gerente. Se encaminó nuevamente al despacho.

El individuo que penetrara con él aún seguía con la palidez en el rostro. Inmóvil. Con los ojos fijos en el cadáver. Sin poder reaccionar.

—¿Cuál es su nombre?

La voz de Blake pareció volverle a la realidad:

—Scott Brooks…

—Bien, Scott. Ése es Tony Ritter, ¿no?

—Sí. Bueno… al menos lleva su ropa, su sortija, el reloj… Sí. Es Tony Ritter.

—¿Cuándo le vio por última vez con vida?

—Hace unos minutos… No más de veinte. Se metió en su despacho porque esperaba la visita de una periodista. Fue a las siete y cuarenta y cinco minutos. Lo sé con certeza, ya que el señor Ritter me indicó que su cita con Jean Tucker era para las ocho.

—¿Quién estaba aquí?

—¿Aquí? Nadie. El señor Ritter tiene prohibida la entrada a su despacho.

—¿Y en las otras habitaciones del corredor? ¿Quién las utiliza?

Scott Brooks movió la cabeza de un lado a otro.

—Son particulares. De uso exclusivo de Tony Ritter. Dormitorio,

sala de baño y pequeño salón donde recibir a sus amistades. El señor Ritter pernoctaba aquí con frecuencia. El Capricorn cierra sus puertas casi de madrugada y Tony Ritter controlaba la marcha del negocio personalmente. De ahí que instalara esta improvisada vivienda.

—¿Entró solo?

—Sí. Yo vigilo la entrada a esta parte de la casa. Puedo jurarle que, a excepción de Jean Tucker, nadie más entró ni solicitó ser recibido por Tony Ritter.

Peter Blake consultó su reloj.

A las siete cuarenta y cinco, Tony Ritter estaba con vida.

Habían transcurrido treinta minutos. El asesino acababa de ultimar su crimen. Posiblemente aún permaneciera en algún lugar de la casa. En alguna de las habitaciones del corredor…

—Voy a echar un vistazo a las restantes habitaciones. Acompáñeme.

—Permanecen cerradas —musitó Scott Brooks, que seguía con la mirada fija en el cadáver. Como hipnotizado—. El señor Ritter guardaba siempre las llaves en su poder.

Peter Blake se aproximó al cadáver.

No con intención de registrar los bolsillos de la elegante chaqueta, ya que semejante acción le hubiera ocasionado disgustos con el teniente McDowall y su departamento.

Contempló los cortinajes.

Manchados de sangre.

Abrió el ventanal.

El sofocante calor de la noche azotó su rostro contrastando con el sistema de refrigeración interior. Se hallaba en una primera planta. Del ventanal contiguo subía la escalera de incendios.

Era posible encaramarse a ella desde allí.

Y viceversa.

¿La utilizó el asesino para entrar en el despacho de Tony Ritter?

El detective decidió comprobar su hipótesis.

Tras cruzar el marco de la ventana, se incorporó quedando materialmente pegado a la fachada. Respiró con fuerza antes de tomar impulso y lanzarse ágilmente al vacío.

Extendió los brazos.

Sus manos se aferraron a uno de los barrotes de la escalera de

incendios. El resto, fue sencillo para la atlética complexión y destreza de Blake. Quedó sobre la plataforma. Frente a la ventana contigua al despacho.

El detective entornó los ojos.

Descubrió a sus pies aquellas manchas rojas. Se inclinó pasando su dedo índice con suavidad.

Sí.

Era sangre.

El callejón donde se alzaba la escalera de incendios contaba con deficiente iluminación; no obstante, Peter Blake distinguió nuevas manchas escalones más abajo.

Por allí escapó el asesino.

Blake descendió.

Al pie de la escalera se amontonaban varios bidones de basura.

Súbitamente un coche se detuvo a la entrada del callejón. Sus focos deslumbraron a Blake. Por eso no se percató del individuo que, oculto tras los bidones, surgía a su espalda.

El detective recibió el golpe en la nuca.

Un brutal impacto que le hizo caer de rodillas.

Semiaturdido.

Vio pasar una borrosa sombra.

Peter Blake, en poderoso e instintivo movimiento, se aferró a una de las piernas de su atacante.

El hombre cayó aparatosamente.

Se escuchó el ruido de cristales rotos.

Peter Blake recibió ahora un salvaje patadón en el rostro. Infinidad de luces centellearon ante sus ojos a la vez que sentía bailar todos los dientes. La boca se le llenó de sangre.

El dolor le obligó a soltar a su presa.

Gateó escupiendo sangre.

De pronto se estremeció erizando sus cabellos. Come si deslizaran un trozo de hielo por su espalda. Fue incapaz de controlar aquella sensación de mudo terror.

Sus vidriosos ojos contemplaron con dificultad al individuo.

Se había inclinado para recoger una negra bolsa de mano. De ella asomaba la ensangrentada hoja de un serrucho. Sobre el asfalto una cuadrada caja de cristal hecha añicos.

Y sobre los cristales… la cabeza de Tony Ritter.

El individuo la atrapó por los cabellos, para acto seguido correr hacia el auto que permanecía al final del callejón.

Peter Blake, aturdido por los golpes, creyó ser víctima de una horrible pesadilla.

Pero era real.

No estaba soñando.

Contempló aterrorizado cómo el individuo corría portando en su diestra la ensangrentada cabeza de Tony Ritter.

* * *

El interrogatorio a Jean Tucker fue breve. La muchacha poco tenía que declarar. Sí fue larga la conversación mantenida entre Peter Blake y el teniente McDowall. Éste quedó con sus hombres en el Capricorn. Para él comenzaba otro difícil y desagradable caso.

Casi a las veinticuatro horas de la muerte de Claire Foch.

¿Un mismo asesino?

El diabólico *modus operandi* parecía demostrarlo.

Peter Blake, al volante de su Challenger R/T, se ladeó para abrir la portezuela y permitir la entrada de Jean. La joven mantenía en su rostro la palidez de la azucena y sus manos se aferraban nerviosamente al pequeño bolso.

—Jamás olvidaré lo ocurrido, Peter… Es algo monstruoso… Diabólico.

Blake puso en marcha el vehículo.

Varios agentes de la Metropolitan Police, que acordonaban el edificio, le hicieron paso.

El auto enfiló hacia la Saads Avenue.

Los maltrechos labios de Peter Blake sostenían un cigarrillo. Su nariz y pómulo izquierdo aparecían hinchados.

—Necesitas descanso, Jean. Te llevaré a casa.

—No podré dormir, Peter. Dudo que pueda hacerlo en muchas noches…

—Pronto caerá el asesino. No pude ver su rostro, pero el teniente McDowall dará con él. Era un individuo corpulento. Alto. De unos siete pies de estatura. Llevaba guantes. Todos los coches-patrulla de Los Angeles están a la caza de un Lincoln negro. El

asesino tiene un cómplice. Los dos caerán, Jean. No lo dudes.

—Un coche robado que de seguro ya habrán abandonado en cualquier solitaria calle.

—Es posible, pero el asesino dejó algo. Llevaba la… la cabeza de Tony Ritter en una especie de urna. Se rompió al caer. Trató de recoger todos los vidrios, pero algunos quedaron en el callejón. Serán investigados. Te sorprendería el saber hasta dónde pueden llegar los laboratorios técnicos de la policía.

—Claire Foch, y ahora Tony Ritter… Dios mío… ¿Por qué decapitarles? ¿Por qué esa monstruosa muerte?

—Lo averiguaré, Jean. Ahora ya no puedo permanecer al margen. Soy un detective a sueldo de la Chypher Company. La muerte de Claire Foch podía retrasar el rodaje de *Esclavas de Satán*, pero en nada inquietó a mis superiores. Diez meses es un largo plazo. Ahora es distinto. La muerte de Tony Ritter me obliga a intervenir.

—¿Por qué? Eso es asunto de la policía.

—Y mío, Jean. Me pagan para eso. Investigar la muerte de nuestros asegurados. Y Tony Ritter tenía una póliza de medio millón de dólares.

La joven parpadeó.

—¿Medio millón?

—Ajá. Una cantidad fabulosa. La Browne H. Films también pagó elevadas cuotas para respaldar su inversión en *Esclavas de Satán*.

—Ritter llevaba apenas unas semanas de rodaje. ¿Deberá pagar igualmente la Chypher Company?

—Sí, Jean. Fue una póliza a todo riesgo. De ahí que deba investigar la muerte de Tony Ritter. Descubrir al asesino y averiguar si fue pagado por alguien.

—Es absurdo sospechar de la Browne H. Films.

Blake sonrió duramente.

—Yo no he dicho eso, pequeña.

El vehículo ya circulaba por las proximidades del Leimert Park. Se adentró por Sharp Street hasta detenerse frente al número 1.820.

—Has vuelto a sangrar, Peter. Sube. Te aplicaré alguna pomada.

Blake se pasó el dorso de la mano por los labios.

—No tiene importancia, pero sí aceptaré tomar un *whisky*. Lo necesito.

—También yo, Peter. Aún estoy temblando.

Descendieron del auto para introducirse en el 1.820 de Sharp Street. Un descomunal edificio dedicado en su mayor parte a apartamentos de alquiler y despachos comerciales.

En la cabina del elevador, Jean pulsó el mando correspondiente a la octava planta. Segundos más tarde recorrían el largo pasillo para detenerse en el apartamento B-L.

La muchacha introdujo la llave en la cerradura.

—¿No está tu compañera Judith a estas horas?

—Marchó a San Diego. No regresará hasta el domingo.

Penetraron en el apartamento.

Era amplio y acogedor a la vez. Del *living* se pasaba directamente al salón.

—Ya es muy tarde, ¿verdad, Peter?

—En efecto.

—Peter…

—¿Sí?

La joven se refugió en el pecho del detective. Éste la estrechó entre sus brazos. Jean continuaba temblando como un pájaro en plena nevada.

—Tengo miedo, Peter… No puedo apartar de mi mente el mutilado cuerpo de Tony Ritter. Yo… yo te suplico… ¿Por qué no te quedas aquí hoy? Puedo arreglarte la habitación de Judith.

—Jamás llegué a imaginar que me pidieras eso, Jean.

La muchacha forzó una sonrisa.

—Sé que eres un caballero, aunque te advierto que pasaré el cerrojo de mi habitación. Voy a por el botiquín.

—De acuerdo.

Peter Blake atravesó el salón. Del mueble-bar atrapó una botella de *whisky* y dos vasos.

—¿Dónde está el hielo, Jean? —interrogó Blake alzando la voz.

No obtuvo respuesta.

El detective se atizó un largo trago.

Sin soda ni hielo.

Se dejó caer en el sofá. Cuando se disponía a encender un cigarrillo, apareció Jean.

Luciendo un seductor conjunto de bata y camisón en tejido de crepé. Muy transparente. El *déshabillé* anudado al cuello y de audaz

escote en V.

Peter Blake, tras la satánica visión acontecida en el Capricorn, creyó estar ahora ante una diosa del Olimpo.

Jean llegó ante él.

Nuevamente se refugió en los brazos de Blake.

Continuaba temblando.

También Peter Blake sentía en su interior un extraño frío. En su mente grabada la imagen del asesino aferrando por los cabellos la cabeza de Tony Ritter.

Sí.

Blake y Jean tardarían en olvidar aquella macabra escena.

CAPÍTULO IX

El sueño de Peter Blake no fue tranquilo.

Tuvo pesadillas. Una fantasmagórica sombra, desmesuradamente alta, le acechaba por las calles de Los Angeles. Un individuo sin rostro que corría llevando en sus manos las ensangrentadas cabezas de Claire Foch y Tony Ritter.

Despertó varias veces sobresaltado.

Bañado en sudor.

La tímida luz del nuevo día comenzaba a filtrarse débilmente en la habitación. Peter Blake se incorporó del lecho acudiendo a la sala de baño. Le dolía la cabeza y los párpados le pesaban como plomo. Una ducha fría pareció reanimarle.

Ya vestido, avanzó cauteloso por el corredor del apartamento. Se detuvo frente a la habitación de Jean, pero decidió no despertar a la muchacha. También ella habría sufrido pesadillas.

Blake abandonó el apartamento.

La ciudad de Los Angeles, pese a lo prematuro de la hora, ya empezaba a despertar de su breve letargo. Las longitudinales distancias de sus calles, y la carencia de metropolitano, obligaba a los trabajadores a levantarse horas antes del inicio de su jornada laboral. Algunos debían de recorrer considerables trayectos para llegar a su punto de destino. Otros, los afortunados mortales, iban de retirada tras una alegre noche de juerga.

Peter Blake, al volante de su Challenger R/T, se dirigió directamente a las oficinas centrales de la Chypher Company. Consciente de que su jefe le habría telefoneado repetidamente a su domicilio para cambiar impresiones de lo ocurrido.

Tony Ritter había muerto.

Y la Chypher Company estaba obligada a pagar medio millón de dólares; pero no se abonaría sin antes proceder a una minuciosa investigación. Era lo normal. Máxime en pólizas de tan elevada

cuantía.

En efecto.

También el director-propietario de la Chypher Company había madrugado. Esperaba impaciente a Blake. La conversación con el detective se prolongó por espacio de cuarenta minutos. Era absurdo sospechar de una sucia maniobra de la Browne H. Films. La muerte de Claire Foch y Tony Ritter, el horripilante procedimiento, únicamente podía ser obra de un demente.

Pero Peter Blake debía demostrarlo.

Descubierto el culpable, y los móviles de sus espeluznantes crímenes, la Chypher Company actuaría en consecuencia.

Trabajo para el detective Blake.

Cuando abandonó los locales de la Chypher Company dirigió su auto al Departamento de Homicidios. Un cambio de ideas con el teniente McDowall resultaría beneficioso. Larry McDowall le pondría al corriente de las investigaciones llevadas a cabo en el Capricorn.

No dudaba de la ayuda del teniente.

Ambos perseguían un mismo objetivo.

Cazar al asesino.

El Challenger R/T bordeó Hancock Park para luego subir paralelamente a la Vermont Avenue. Realizó varias vueltas en busca de aparcamiento. En una de ellas, descubrió a Harold Dillman junto al poste de parada de taxis.

Blake detuvo el auto frente al director cinematográfico.

Asomó la cabeza por la ventanilla.

—Buenos días, Dillman. ¿Le llevo a algún sitio?

—¡Váyase al diablo!

La exclamación de Dillman hizo sonreír al detective.

—Bueno, Dillman. Ya le interrogaré en otra ocasión. Posiblemente a la hora del almuerzo. ¿Le parece bien?

Harold Dillman resopló ruidosamente. Tenía grandes ojeras y aspecto cansado.

—Oiga, Blake. No he pegado ojo en toda la noche. El teniente McDowall me acaba de soltar tras un interrogatorio de dos horas.

—¿Es usted el sospechoso número uno?

—Su broma es de mal gusto, Blake.

—Le pido disculpas.

—No tengo nada que decirle, Blake. La muerte de Tony me ha aturdido. No puedo ayudarle a esclarecer lo ocurrido.

—¿Por qué no sube al auto?

Dillman dudó.

Dirigió una mirada a izquierda y derecha esperando la posible aparición de un taxi. Terminó por aceptar el ofrecimiento de Blake acomodándose en el automóvil.

—¿A los estudios de la Browne H. Films?

—Muy gracioso. ¿Qué diablos voy a hacer allí? ¿No se da cuenta, Blake? Tony Ritter ha muerto. Era el protagonista. El mejor actor. El rodaje efectuado hasta la fecha ya no sirve; pero lo más complicado será buscar un digno sustituto de Tony Ritter.

—¿Qué piensa hacer?

—Voy a mí despacho de Nyps Street. Tengo una cita con el productor. Discutiremos la contratación de un nuevo actor. Posiblemente nos inclinemos por Gene Duncan, actualmente en Italia.

Blake puso en marcha el auto.

—La monstruosa muerte de Claire Foch nos hizo pensar en un sádico asesino. Un *hippie*, un loco vagabundo… El *modus operandi* así lo delataba. Sin embargo, Tony Ritter ha muerto en iguales circunstancias. Decapitado… y sin que aparezca su cabeza.

—Ya le he dicho que soy el primer sorprendido, Blake. Estos crímenes superan a los siniestros personajes de mis películas.

—Claire, Ritter… Parece como si alguien quisiera entorpecer el rodaje de *Esclavas de Satán*.

—¿Qué insinúa? ¿Cree que queremos engañar a la Chypher Company?

—No sea suspicaz, Dillman. De sospechar eso, usted sería otro candidato a perder la cabeza. Su vida también está asegurada en medio millón de dólares.

Harold Dillman palideció.

Forzó una sonrisa.

—¿Trata de asustarme? Sepa que he rechazado la protección que me ofrecía el teniente McDowall. Ha encomendado a dos de sus agentes la protección de Kitty Wood. Yo la he rechazado.

—La medida de McDowall, aunque carece de fundamento, es lógica y prudente. El protagonista de *Esclavas de Satán* ha sido

asesinado. Puede que ahora le llegue el turno al intérprete femenino… o al director del filme.

—No tengo miedo.

Blake se encogió de hombros.

—Es su pellejo, Dillman. La Chypher Company se muestra muy preocupada. Todo empezó a ir mal desde la lamentable muerte de Sarah Koster.

Harold Dillman asintió.

—Cierto… ¡Maldita sea! Desgracia sobre desgracia. Es como si la muerte de Sarah Koster arrastrara las siguientes. De poder rectificar, le hubiera dado cualquiera de los papeles. Sarah Koster los sabía todos de memoria.

El detective desvió la mirada hacia Dillman.

Reflejando estupor.

—¿Quiere repetir eso, Dillman? ¿Sarah Koster conocía el guion de *Esclavas de Satán*?

—Sí.

—Creí que el argumento era *top secret*.

—También yo, pero sin duda John Gifford le dio a leer el original. Es la única explicación que encuentro.

Peter Blake quedó en silencio.

Pensativo.

El auto ya circulaba por la ancha Nyps Street. Minutos más tarde se detenía frente a un edificio de futurista fachada.

Harold Dillman descendió del vehículo.

—Suerte en sus pesquisas, Blake. Soy el primer interesado en que se descubra al asesino. Cierto que me agrada la publicidad, pero ya es demasiada sangre.

—Opino igual, Dillman. Una última pregunta… ¿dónde puedo localizar a John Gifford?

* * *

Peter Blake pulsó el llamador por enésima vez. Insistiendo, ya que el conserje de recepción le había indicado que John Gifford se hallaba en su apartamento. El dedo índice de Blake quedó presionando el botón. Se abrió la puerta.

Apareció un individuo en pijama y ajustándose una corta bata. Rostro somnoliento.

—¿Qué diablos quiere?

—¿John Gifford?

—Sí.

Peter Blake mostró su credencial, situándola a escasas pulgadas de la nariz del individuo. Éste bizqueó retrocediendo unos pasos.

—¿Detective? ¿Qué quiere?

—Hablar con usted, Gifford. ¿Me permite?

Blake empujó con suavidad al hombre, penetrando en el apartamento. Desde el *living* era visible el salón, cuyas puertas correderas aparecían abiertas.

—Oiga, amigo…

—Puede llamarme Blake.

—De acuerdo, Blake. Tengo una fuerte jaqueca y…

—¿Ha dicho resaca? —sonrió Blake dirigiendo una significativa mirada a la vacía botella de *whisky* depositada sobre la mesa de cristal.

John Gifford enrojeció.

Era un individuo de unos cuarenta años de edad. Ojos de miope. Lucía un espeso bigote unido a la barba. Clásico estilo bearnés.

—¿Qué quiere, Blake?

—¿Está al corriente de la muerte de Tony Ritter?

—Sí… Ayer, Inger Lower celebraba su cumpleaños. Organizó una pequeña fiesta en su *bungalow*. Nos llegó la noticia por un amigo que estuvo en el Capricorn. Fue algo horrible.

—Usted debe estar acostumbrado, Gifford. Es un escritor especializado en literatura de terror. Apuesto a que le marchan bien las cosas. —Los ojos de Blake recorrieron ahora burlonamente el salón—. Dispone de un buen apartamento. Siempre imaginé a los escritores empeñando la máquina y suplicando anticipos a los editores.

—También yo tuve mi época mala. La literatura de terror está ahora en auge. El público quiere emociones fuertes.

—Sexo y violencia. Como *Esclavas de Satán*.

—Eso es.

—¿Puedo ver el original, Gifford?

—No. He firmado un compromiso con la productora. No quiere

que el argumento de *Esclavas de Satán* sea divulgado hasta la terminación de la película. Incluso yo debo esperar para poder publicar la obra.

—¿Por qué tanto misterio?

—Es un argumento… inédito. Perfecto. Muertes satánicas, terror, sexo, pactos diabólicos… El tema sorprenderá, Blake. Ha sido hábilmente tratado. Muy distinto a lo habitual. De él se podrían sacar infinidad de películas de indudable éxito. De ahí que mantengamos el secreto.

—¿Por qué le enseñó el original a Sarah Koster?

Gifford parpadeó.

—¿Sarah Koster…? ¿La chica que murió accidentalmente en los estudios?

—Ajá. Ella conocía el argumento de *Esclavas de Satán*. Todos los personajes de la obra. De principio a fin.

—Yo no…

El detective se abalanzó súbitamente sobre John Gifford. Le atrapó por las solapas zarandeándole con violencia.

—Escucha con atención, Gifford… No puedo perder el tiempo. Dos personas han muerto. Monstruosamente asesinadas. Ignoro si todo tiene su origen en Sarah Koster, pero fue a raíz de su muerte cuando comenzaron los asesinatos. Tú conocías a Sarah Koster.

—Está equivocado… Jamás la…

Blake le soltó un trallazo en la boca.

—Sarah Koster conocía el argumento de *Esclavas de Satán*. ¡Completo! Sólo tú podías haberle enseñado el original. A no ser que…

Peter Blake entornó los ojos.

Soltó a Gifford.

—Ahora lo comprendo… No es tuyo el original, ¿verdad, Gifford? Jamás has escrito *Esclavas de Satán*. ¿Dónde lo has conseguido? —Al no recibir respuesta, Blake añadió—: Te doy dos alternativas, Gifford. Decírmelo, y prometo no divulgarlo, o haré que la policía investigue. Entonces sí habrá publicidad.

—¿Qué interés puede tener para usted? —gimoteó John Gifford —. No guarda relación con los asesinatos de Claire Foch y Tony Ritter.

—Simple curiosidad, amigo Gifford. Me intriga que Sarah Koster

conociera el argumento. Puede que todo sea ajeno a los asesinatos, pero eso lo decidiré después de investigarlo. ¿De dónde sacaste el original de *Esclavas de Satán*?

—Me lo entregó Inger Lower.

—¿Inger Lower? Es una de las actrices del filme, ¿no?

—Sí. Inger Lower hace el papel de muerta-viviente en *Esclavas de Satán*. Me entregó unos amarillentos pergaminos. Me pareció un documento antiquísimo. Ignoro cómo lo consiguió. Me pidió cinco mil dólares por él. Acepté con una condición. La promesa de Inger de no decir nada a nadie. Yo figuraría como autor del libro que, sobre ellos, escribiría.

—¿Unos pergaminos?

—Juraría que sí. Es… es algo asombroso. Una narración en verdad terrorífica. Cuando se publique será el mayor *best-seller* de los últimos tiempos. Lo transcribí suavizando algunas escenas demasiado monstruosas. Luego quemé el original. Tuve miedo…

—¿Miedo? ¿Miedo a que se descubriera su engaño?

John Gifford movió lentamente la cabeza.

—No… Jamás se hubiera descubierto. El documento era inédito… nunca fue leído.

—¿Por qué está tan seguro?

—Figuraba el nombre del autor. Su rúbrica, al final de los pergaminos. Y ninguna obra se descubrió de él jamás.

—¿Quién lo firmaba?

La voz de Gifford fue un susurro apenas audible:

—Lucifer, Príncipe de las Tinieblas.

CAPÍTULO X

Sam Sterling, uno de los ingenieros de sonido de la Browne H. Films, rebuscó por el mueble-bar.

—¿Dónde está el recipiente del hielo?

—Lo gasté todo al despertar —sonrió Inger—. Bolsa de hielo en la frente para despejar la resaca.

Sam Sterling también sonrió.

Avanzó hacia Inger Lower.

La mujer estaba junto a un lujoso mueble con radio-tocadiscos. El *Live and let die*, de Paul McCartney & Wings tocaba a su fin.

Inger llevaba encima una sucinta *négligée*. Muy cortita y transparente. En tejido «Quiana», el más ligero y suave del mercado actual. Bajo la tela, un *panty* y un sujetador. Ambas prendas en color negro.

Los brazos de Sam Sterling rodearon la cintura femenina.

La besó en la nuca.

—Veintidós años… Fue una bonita fiesta, Inger.

—Con un feo final. La muerte de Tony Ritter me impresionó. *Esclavas de Satán* va camino de convertirse en un filme maldito. Claire Foch, y ahora Tony. Decapitados…

—El rodaje se ha interrumpido, Inger. Se debe buscar al sustituto de Tony Ritter. Tu idea de marchar unos días a San Francisco es buena. Quedamos en eso; ¿no? Tengo el coche a la puerta, con el depósito a rebosar. Creí encontrarte ya preparada.

—Lo estaré en unos minutos, Sam. Ya te he dicho que desperté con fuerte resaca. Antes de que termines tu combinado estaré dispuesta para emprender el viaje. Encontrarás hielo en el frigorífico.

Sterling aferró los hombros de la muchacha, haciéndola girar. Buscó ávidamente sus labios.

—Por favor, Sam… Así no terminaré nunca…

—Bien. ¿Te preparo algo?
—Zumo de naranja.
Sam Sterling retornó al mueble-bar apoderándose de la coctelera. Inger, mientras tanto, sustituyó la placa en el tocadiscos. *Now & Then*, el fabuloso *long-play* de Carpenters, comenzó a sonar en el salón. La muchacha pasó al corredor, encaminándose a su dormitorio.
Sterling empujó la puerta que conducía a la cocina.
La estancia era amplia. Reluciente. De alegre ventanal. Una cocina que envidiaría cualquier exigente ama de casa. Una pequeña puerta comunicaba con el jardín del *bungalow*. Desde el ventanal se divisaba la piscina.
Sam Sterling abrió el frigorífico.
Extrajo un par de latas de zumo de naranja. Del compartimiento de congelación sacó la bandeja del hielo.
Giró.
Descubriendo al individuo alto y de cabeza rapada. Estaba junto al triturador de basuras. Sus manos enfundadas en guantes color carne. De uno de los cajones del mueble-armario había sacado un largo cuchillo de cocina.
—¿Quién es…?
La frase quedó cortada en la boca de Sterling. Su mueca de estupor, al descubrir la presencia del individuo, se tornó en rictus de dolor.
Elliot Hunter había extendido su brazo derecho.
Hundiendo el cuchillo en el vientre de Sterling. Éste desorbitó los ojos. Boqueó tambaleándose. Dejó caer las latas y la bandeja para llevarse ambas manos a la herida. Intentando taponar aquel manantial de sangre.
Elliot Hunter no había soltado el cuchillo.
Sonrió al ver cómo Sam Sterling se doblaba, aunque sin llegar a caer.
El brazo del asesino trazó un semicírculo ascendente. Rápido. La hoja, ya teñida en sangre, fue hacia el rostro de Sterling perforando salvajemente su ojo izquierdo.
Sterling quiso gritar, pero un ronco estertor brotó de su garganta. Ahora sí cayó pesadamente. Ya estaba muerto. Pero aquello carecía de importancia para Elliot Hunter. Se inclinó

alzando de nuevo el cuchillo para hundirlo una y otra vez en el rostro del caído. Salpicando las baldosas y muebles cercanos. Convirtiendo el rostro de Sterling en una masa deforme y sanguinolenta.

Hunter reía guturalmente. Con satánico placer.

Se incorporó jadeante. Dejando el cuchillo hundido en la boca de Sam Sterling. Abrió la puerta que conducía al jardín. Allí, pegada a la fachada, estaba su bolsa de mano.

Elliot Hunter la cogió volviendo sobre sus pasos.

Fue al salón.

Al pasar junto al mueble-tocadiscos, accionó uno de los mandos dando al aparato el máximo volumen.

Abrió la bolsa para extraer dos objetos.

Un serrucho de podar y una caja de cristal.

Un hililllo de baba resbaló por la barbilla de Hunter al acariciar con suavidad la dentada hoja metálica.

Abandonó el salón.

En busca de Inger Lower.

* * *

Peter Blake llevaba ya varios minutos pulsando el llamador. Otro en su lugar hubiera marchado ante la posible ausencia de Inger Lower; pero el detective se dejó guiar por su instinto.

Dio un rodeo al *bungalow* en busca de la puerta trasera. Al encontrarla entreabierta, no dudó en penetrar en la casa.

Apenas cruzar el umbral, se encontró con el macabro espectáculo.

Un individuo yacía en el suelo con los brazos en cruz. Sus ropas ensangrentadas. El rostro desfigurado a cuchilladas. Convertido en nauseabunda masa sanguinolenta. El arma homicida hundida en su boca. Dos moscas se habían posado en su arrancado ojo izquierdo.

Peter Blake no reconoció al cadáver.

Tampoco hizo ademán de registrar los bolsillos de la víctima, sino que echó a correr hacia las restantes habitaciones del *bungalow*. La diestra de Blake se había apoderado de su revólver del treinta y ocho oculto hasta entonces en la funda sobaquera.

En el salón, el dispositivo automático del tocadiscos había desplazado la placa al concluir el disco.

Todo era silencio.

Peter Blake se adentró por el corredor. La última de las puertas estaba abierta. Era uno de los dormitorios.

Le llegó el ruido del grifo del baño contiguo a la habitación.

El detective extrajo su pañuelo. Hizo girar el pomo de la puerta que conducía al baño.

Sí.

El grifo de la bañera estaba abierto.

El vapor desprendido por el agua caliente empañaba las paredes y el gran espejo. Un denso vaho que dificultaba la visión, aunque no lo suficiente como para ocultar el mutilado cuerpo de Inger Lower.

Estaba en el interior de la bañera.

El chorro de agua caía sobre el pecho de la mujer para luego entremezclarse con la sangre que manaba del cercenado cuello. Un líquido con tonalidades rojizas se deslizaba hacia el desagüe.

Inger Lower… Decapitada.

Al igual que Claire Foch y Tony Ritter.

Peter Blake retrocedió presa de marcadas náuseas. Con deseos de vomitar. La sorda furia que le dominaba fue más fuerte.

—Maldito asesino… Sucio hijo de perra…

El detective silabeó aquellas palabras con las mandíbulas apretadas. Retornó al dormitorio para apoderarse del teléfono depositado sobre la mesa de noche. Debía comunicar al teniente McDowall lo ocurrido.

Blake interrumpió el iniciado ademán de coger el micro.

Algo le llamó la atención.

Una extraña figura de piedra. De mármol gris. Del tamaño del clásico pisapapeles. Ovalada. Representaba la cabeza de Satán. Era una verdadera obra de arte. Las demoníacas facciones perfectamente logradas. Incluso los ojos, dos diminutos brillantes, parecían tener vida propia. La piedra muy antigua, pero sin que el tiempo hubiera hecho mella.

Peter Blake la estudió detenidamente.

Una dura sonrisa se dibujó en los labios del detective.

En aquella piedra estaba escrito el nombre del asesino.

CAPÍTULO XI

Peter Blake contempló fijamente al individuo de la cabeza rapada. Estaba envolviendo un viejo alfanje turco. Una espada oriental muy preciada por los coleccionistas de antigüedades; pese a que aún en la actualidad la utilizan las tribus kurdas del Afganistán.

Blake, esperando la marcha del único cliente, se dedicó a inspeccionar la tienda.

Todo se amontonaba desordenadamente en armarios, vitrinas y estanterías. También a lo largo del longitudinal mostrador. Junto a piezas de insignificante valor, se veían interesantes objetos de arte. En un abierto estuche forrado en terciopelo, descansaba una artística pistola alemana de rueda del siglo XVI. Libros de amarillentas hojas, monedas antiguas, pisapapeles de cristal con mariposas… y unas curiosas urnas con animales disecados.

Blake cogió una de ellas.

Cuadrada. Una caja de cristal con capacidad suficiente para guardar una cabeza humana.

—¿Le interesa, señor?

Era Elliot Hunter quien formulaba la pregunta. El cliente ya se había marchado, quedando únicamente Blake en el comercio.

El detective sonrió depositando la urna sobre el mostrador.

—Es una caja muy… interesante.

—Puedo mirar el catálogo y decirle el precio.

—No se moleste. Sólo deseo hablar con Abner Koster.

En el mongólico rostro de Hunter se reflejó una estúpida sonrisa.

—El señor Koster no está.

—¿De veras? Le esperaré. No tengo prisa.

Elliot Hunter dirigió una mirada al reloj de pared.

—Faltan pocos minutos para la hora de cierre. Puede que no…

—No sigas, Elliot —dijo una voz—. El señor Blake es muy testarudo.

El detective ladeó la cabeza.

De la puerta situada al final del mostrador había surgido un individuo.

Peter Blake le dirigió una inquisitiva mirada.

—¿Abner Koster?

—Sí, yo soy.

—No me presento, puesto que usted ya parece conocerme.

—Por supuesto… Peter Blake, nacido el 7 de mayo de 1943, en Pittsburg, California. Doctorado en Derecho, detective privado y actualmente al servicio de la Chypher Company.

Blake no se inmutó.

—Correcto, Koster. Lamento no corresponder con datos de su vida. Únicamente sé que tiene una hija llamada Sarah y un negocio de antigüedades.

—Tenía una hija, Blake.

—Eso quise decir. Ya me informaron de que fue a identificarla y hacerse cargo del cadáver.

—¿Y qué quiere de mí, Blake? ¿Darme el pésame?

—Sólo hacerle unas preguntas. ¿Conoce a Inge Lower? Compró un objeto en su tienda. Una cabeza de Satán tallada en piedra.

—No cometo la incorrección de preguntar el nombre a mis clientes, Blake. Son muchos los que acuden a mí. Llevo registro de las compras, ya que así lo ordena la ley. En ocasiones me ofrecen objetos robados que…

—¿Vendió *Esclavas de Satán* a Inger Lower?

La interrupción del detective no alteró la sonrisa de Abner Koster.

—¿*Esclavas de Satán*…? Me resulta familiar. ¿Qué es, Blake? ¿Algún filtro mágico?

—No es momento de bromas, Koster. Inger Lower era una de sus clientes. Adquirió un busto de Satán. En la piedra aún estaba adherida la etiqueta: «Abner Koster, 987 de Buck Street. Antigüedades».

—Todos mis artículos llevan la etiqueta. Un procedimiento utilizado por infinidad de comercios para que el cliente no olvide el lugar donde efectuó la compra.

—Inger Lower también adquirió aquí *Esclavas de Satán*, unos pergaminos que luego vendió a John Gifford por cinco mil dólares.

—¿Cinco mil? Tiene gracia… Ahora recuerdo… La señorita Lower estuvo curioseando entre mis viejos libros. Encontró un documento muy antiguo. Y también muy peligroso. Estaba maldito, Blake. La leyenda afirma que fue escrito por el mismísimo Lucifer. Y así consta al final del escrito. Se lo advertí a Inger Lower. ¿Verdad, Elliot? Advertimos a la señorita Lower del peligro.

Hunter asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Es cierto… Ella se burló de nosotros. No creía en supersticiones.

—*Esclavas de Satán* era una obra maldita. Con una negra leyenda. Inger Lower se empeñó en adquirirla. Pagó dos mil dólares. Un buen precio. Al menos para mí, pero realicé un mal negocio. Ella sacó cinco mil a ese tal John Gifford.

—¿Sabía que John Gifford se hace pasar por autor de *Esclavas de Satán*?

—¿De veras? —Abner Koster chasqueó la lengua apesadumbrado—. Eso está muy feo… No se debe hacer… Puede que el verdadero autor, en este caso Lucifer, se enfade.

—Su hija Sarah había leído el manuscrito.

—No lo pongo en duda. Desconocía muchas de las aficiones de Sarah.

—¿Tales cómo sus deseos de hacer cine?

—Correcto, Blake. Ignoraba esa ambición de mi hija. De conocerla, habría convertido a Sarah en la máxima figura del cine mundial.

—¿De qué forma?

—Tengo amistades muy… influyentes.

Peter Blake entornó los ojos.

Sospechaba de aquel misterioso Abner Koster, pero también le consideraba demasiado astuto. Lo más prudente era retirarse y volver con el teniente McDowall. Acompañados de una orden de registro.

—Gracias por responder a mis preguntas, Koster. Me intrigaba que Sarah conociera un argumento que se mantenía en el más absoluto secreto. Ahora todo está explicado.

—¿Todo? ¿No tiene ninguna otra pregunta, Blake? De seguro que sí. Elliot… coloca el cartel y baja las persianas. El señor Blake permanecerá un poco más con nosotros.

Elliot Hunter atrapó una cartulina donde, en grandes letras de molde, se leía la palabra «Closed». La colocó sobre la puerta, bajando a continuación el toldo.

—¿Qué significa esto?

—Por favor, Blake… Usted es persona inteligente. Lo ha demostrado en sus deducciones. Éstas le han conducido hasta aquí. Puedo leer sus pensamientos, Blake. Desde que entró y vio la caja de cristal con animales disecados. Ahora quiere salir para dar aviso al teniente McDowall y obtener una orden de registro. ¿Qué espera encontrar aquí?

Blake parpadeó.

Estupefacto.

—¿Cómo diablos…?

—Una simple muestra de mi poder, Blake.

—Telepatía.

—Algo más que eso. Sígame. Voy a enseñarle lo que ha venido a buscar. Tú espera aquí, Elliot. Que nadie nos moleste.

Abner Koster se encaminó hacia la puerta situada al fondo del mostrador. Giró la cabeza, sonriendo al inmóvil Blake.

—¿Qué le ocurre? ¿Tiene miedo?

Peter Blake avanzó a grandes zancadas.

Siguió a Koster, penetrando en la estancia contigua.

Una habitación cuyas paredes estaban protegidas por negros cortinajes. Débilmente iluminada por cirios. Un altar de mármol en el centro de la estancia.

Blake sintió que la sangre se helaba en sus venas.

Palideció de terror.

Sobre la piedra de mármol, cinco recipientes de cristal. Uno de ellos vacío, pero en los otros cuatro…

Allí estaban las cabezas de Claire Foch, Tony Ritter, Inger Lower… y la de Harold Dillman.

* * *

Abner Koster rió en desaforada carcajada.

—No me diga que está sorprendido, Blake… ¿No buscaba esto? Ah, comprendo… Le asombra ver la cabeza de Harold Dillman. Es

la última adquisición. Yo mismo fui el brazo ejecutor. Me correspondía ese honor. Los restantes trofeos son obra de mi fiel Elliot.

El detective tenía la mirada fija en aquel satánico altar.

En las cuatro urnas.

La cabeza de Harold Dillman aún sangraba. Su rostro estaba amoratado. Los ojos desorbitados y una mueca desdibujando sus facciones.

—¿Por qué? —balbuceó Peter Blake—. ¿Por qué todos estos monstruosos crímenes? ¿Qué espera conseguir?

—Cumplo órdenes de mi hija Sarah.

—¿Está loco? Ella no puede…

—Sí puede, Blake. El mismo día de su muerte me comuniqué con ella. Invoqué a Satán para que me permitiera hablar con Sarah. Ella acudió. Me contó todo lo ocurrido en los estudios de la Browne H. Films. Sus fervientes deseos de protagonizar *Esclavas de Satán*. Yo los ignoraba. Sarah vivió en un internado hasta la edad de quince años. Nos conocíamos poco. No se confió a mí. Yo hubiera hecho realidad sus ilusiones. Sarah quería el primer papel de *Esclavas de Satán*. Leyó aquí el manuscrito. La embrujó. Quería el primer papel… El de Kitty Wood. Acudió, sin consultarme, a Harold Dillman. Y el muy bastardo la mató.

—Fue un accidente. Dillman no tenía intención de…

—Sarah me habló de sus ilusiones —continuó Abner Koster ajeno a la interrupción—. Quería verlas cumplidas en el Reino de las Tinieblas. Allí se efectuará el rodaje de *Esclavas de Satán*. Con Tony Ritter como protagonista masculino. Debía ir con Sarah. Morir con ella y reunirse en el Más Allá. Claire Foch era la *script-girl* ideal. Se presentará con su diario de rodaje. Harold Dillman será el director. Otros dos personajes importantes son Inger Lower y Diana Windson, en sus respectivos papeles de muerta-viviente y de endemoniada. Sólo falta Diana Windson. Debo conseguir su cabeza. Entonces llamaré a Satán. Él hará que todos se reúnan con Sarah para comenzar el gran rodaje de *Esclavas de Satán*. No son necesarios más. Allá disponen de suficientes comparsas. Mi hija tendrá el principal papel. Es su deseo.

Abner Koster profirió una demoníaca carcajada avanzando hacia el altar.

Alzó los brazos.

—¡Ah, príncipe Lucifer…! ¡Me gustaría presenciarlo! ¿Se lo imagina, Blake? Toda la filmación supervisada y bajo el control de Satán. ¿Decorados? Es una película de terror, ¿no? ¡Qué mejor escenario que los laberintos del infierno! ¡Todo está preparado! Sólo falta Diana Windson. Su cabeza. Sí, Blake… Debo posar su cabeza en el altar para que Satán acuda a mí llamada. Así me lo indicó Sarah.

El asombro y estupor fue mayor que el terror que hizo presa en Peter Blake. Contemplaba a Koster con incrédulos ojos.

—Está enfermo, Koster… La muerte de su hija le ha trastornado. Está loco. Es la única explicación a sus diabólicos crímenes.

—¿Loco? Pobre iluso… Pronto le demostraré mis poderes. Soy un discípulo de Satán. Él me ha proporcionado los poderes. Esta misma noche enviaré a Elliot en busca de Diana Windson. Sólo falta ella.

—¿Ha olvidado a Kitty Wood?

—¿Kitty Wood? ¿No lo comprende, Blake? ¡El primer papel es para Sarah! ¡Ella será la protagonista! Kitty Wood no nos interesa. No tiene papel en *Esclavas de Satán*. La ha reemplazado mi hija. Todo está dispuesto. Falta la cabeza de Diana Windson. Esta misma noche vendrá Satán a recogerlas para iniciar el rodaje en el Reino de las Tinieblas.

—Maldito loco…

Blake llevó su diestra a la funda sobaquera. Se apoderó del revólver. Cuando el negro cañón apuntaba a Koster, el detective sintió una sacudida. Como una descarga eléctrica que le hizo aullar de dolor. Soltó el revólver, llevándose las manos a las sienes.

Abner Koster reía desde el altar.

—¿Empiezas a conocer mis poderes, Blake? Puedo acabar contigo con sólo desearlo. Domino la mente humana. ¿Por qué crees que Claire Foch abrió la puerta de su *bungalow*? El teléfono sí funcionaba, pero yo, a distancia, hice que Claire no escuchara señal alguna. A Tony Ritter le inmovilicé desde el auto robado. Elliot sólo tuvo que cortarle la cabeza. ¡Satán me ha dado los poderes!

El lacerante dolor cesó en Blake.

Posó sus estrábicos ojos en Koster.

—Empiezo a comprender… ¿Poder de Satán? Hay una moderna

ciencia para responder. La parapsicología. Existen individuos con extraños poderes psíquicos. Muchos los utilizan para hacer el bien. Tú eres un pobre loco…

—¡Soy un siervo de Satán!

—¡Entonces, te enviaré al infierno!

Peter Blake se arrojó sobre el caído revólver. Al intentar atraparlo, su mano se cerró en el vacío.

El arma se había deslizado por el suelo.

Misteriosamente.

Sin que nadie la tocara.

Las carcajadas de Koster volvieron a resonar.

—¿Y bien, Blake? ¿Qué dicen a esto los parapsicólogos?

El detective se estremeció. Un frío sudor bañaba su cuerpo. Se esforzó en dominar aquella sensación de terror que nuevamente se apoderaba de él.

—No conseguirás atemorizarme, Koster… No dudo de tus poderes, pero no son dados por Satán. He visto a individuos realizar lo que tú acabas de hacer. El fenómeno se denomina telequinesia. Desplazar objetos sin causa física visible o conocida. La levitación, precognición, clarividencia, bilocación… infinidad de fenómenos paranormales. Ya lo he dicho antes, Koster. Hay muchos hombres con poderes semejantes; pero afortunadamente los utilizan para ayudar al prójimo.

—¡Yo demostraré tu error! ¡Acabaré contigo! ¡Utilizando el poder de Satán!

Abner Koster extendió sus manos.

Señalando a Blake.

De nuevo un agudo dolor se apoderó del detective. Como un torniquete perforando su cerebro. Cayó de rodillas. Incapaz de soportar aquel profundo dolor.

Koster reía como un poseso.

Danzando alrededor de Blake. De pronto sonó un disparo. Procedente de la estancia contigua.

Abner Koster quedó rígido. Su indecisión fue de fracción de segundo. Corrió hacia la puerta al mismo tiempo que el teniente McDowall penetraba precipitadamente.

Larry McDowall portaba un revólver en su diestra. Al igual que el agente que le precedía.

Koster comenzó a vociferar:

—¡Atrás, malditos…! ¡Atrás…!

McDowall y el agente soltaron sus armas dominados por la mirada de Abner Koster. Éste se apoderó de uno de los revólveres, para acto seguido encañonar al teniente.

Peter Blake se había arrastrado por el suelo.

Ya no sentía ningún dolor.

Tampoco ahora el caído revólver escapó de su mano.

Lo aferró con fuerza, curvando el dedo índice sobre el gatillo.

Abner Koster pareció percatarse del peligro. Giró con rapidez, presto a disparar, pero el detective se le adelantó.

Accionó el gatillo.

La bala alcanzó a Abner Koster entre los ojos.

CAPÍTULO XII

Larry McDowall se pasó la mano derecha por el rostro. Inspiró, para acto seguido mover la cabeza de un lado a otro.

—Es el caso más diabólico de la historia del crimen, Peter. Algo monstruoso… y absurdo. Sí, muchacho… ¡Absurdo! ¿Qué esperaba conseguir con tan espeluznantes asesinatos? ¡Rodar una película en el Averno! Para eso llevó al Más Allá al mejor director cinematográfico del momento, al mejor actor…

—Estaba loco, Larry. Ésa es la respuesta a todo.

—¿Loco? —repitió McDowall paseando por su despacho—. Tengo mis dudas.

—¿Qué quieres decir?

—Me has contado con detalle tu conversación con Koster. Cuando me telefoneaste desde el *bungalow* de Inger Lower, acudí de inmediato. También me llamó la atención aquel artístico busto de Satán y aún más me intrigó que fuera adquirido en la tienda de Abner Koster. Decidí hacerle una visita. Su empleado, ese tal Elliot Hunter, se resistió. Ahora está en un centro psiquiátrico. No es la primera vez, ya que anteriormente permaneció ocho años en un manicomio. Al entrar en aquella demoníaca sala, Koster te tenía a su merced. Sin tocarte.

—No lo niego, Larry. También te desarmó a ti y a uno de tus agentes.

—¡Nos hipnotizó!

—Fue algo más complicado, Larry. Abner Koster poseía extraños poderes. Dominaba la mente humana. Con un leve movimiento de su mano me hizo sentir agudos dolores que en realidad no existían. Yo me esforzaba en alejar mi mente… en mantenerla en blanco y escapar al dominio de Koster. Sólo lo conseguí al entrar tú en la sala. Koster te dedicó toda su atención. Y así pude apoderarme del revólver.

—Un revólver que poco antes corría misteriosamente por el suelo.

El detective sonrió.

Posó sus grises ojos en la nívea ceniza del cigarrillo.

—Los parapsicólogos denominan a eso percepción extrasensorial. Con ello se define todo fenómeno que va más allá del conocimiento humano.

—Comprendo. Magia negra, ocultismo, pactos diabólicos…

—No digas tonterías.

—Abner Koster afirmaba haberse comunicado con su hija. Te conocía a ti, Peter.

—Sólo tenía que leer mi pensamiento.

—Bien. ¿Qué me dices de Claire Foch y Tony Ritter? Los dominó a distancia. Hizo que…

—Ya basta, Larry. La parapsicología es una ciencia moderna. Actualmente muchos fenómenos son difíciles de explicar. Incomprensibles. Casi… diabólicos. Lo único cierto es que ya no habrá más decapitados. El asesino ha pagado sus monstruosos crímenes.

—¿Y la Chypher Company? ¿También pagará a Browne H. Films? Tony Ritter y Harold Dillman contaban con una póliza de medio millón de dólares. En cuanto al rodaje de *Esclavas de Satán*…

—Mi jefe mantiene en este momento cordial conversación con los altos mandos de la productora cinematográfica. Allá ellos con sus asuntos. Yo he cumplido mi trabajo y presentado el correspondiente informe. Si llega a filmarse algún día *Esclavas de Satán*, será el mayor éxito de la historia del cine. Puede que se haga un descuento en las pólizas. Me tiene sin cuidado. Yo me voy a pasar el *week-end* a Las Vegas. Necesito descanso.

—Perfecto, muchacho. Ya hablaremos con más calma a tu regreso.

Blake se incorporó del sillón.

—Prefiero olvidar toda esta historia, Larry.

—También yo, aunque… ¿Sabes una cosa, Peter? Aquel triángulo en el suelo, los cirios, el altar con la copa de bronce… Según los rituales de la magia negra, es el procedimiento para invocar a Satán. Si la historia de Koster es cierta, ya habrá empezado el rodaje de *Esclavas de Satán* en el infierno. Tal vez

hayan decidido comenzar sin Diana Windson. ¿Qué respondes?

Los ojos de Blake adquirieron un extraño brillo.

Sonrió.

—¿Y por qué no? Sería la mejor película de terror. Hasta pronto, Larry.

El detective abandonó el despacho.

Minutos más tarde abría la portezuela de su Challenger R/T estacionado en el aparcamiento del departamento.

Jean, que le esperaba en el vehículo, le dedicó la más dulce de las sonrisas.

—¿Algún cambio en nuestros planes, Peter?

—No. Larry se ha mostrado muy comprensivo, aunque a mí regreso volveremos a cambiar impresiones para realizar juntos un detallado informe de lo ocurrido. El caso se sale de lo corriente. Pero disponemos del *week-end* para nosotros.

Blake tenía las manos sobre el volante, pero cuando la muchacha le echó los brazos al cuello, las posó en la cimbreante cintura femenina. Subieron por la espalda a la vez que la apretaba contra sí. Buscó los gordezuelos labios de Jean, besándolos con pasión.

—¿Las Vegas?

—Sí, pequeña. Será un *week-end* inolvidable —Blake deslizó sus labios por el cuello de la joven—. Terminaron las pesadillas.

—Peter… ¿no es en Las Vegas donde se puede contraer matrimonio con mucha facilidad? Los trámites son cortos.

Peter Blake sintió un escalofrío.

También el matrimonio le causaba terror.

Era consciente de no tener escapatoria.

FIN

Notas

[1] Secretaria del director. <<

[2] Paso de un plano a otro. < <